

El Espíritu Santo



El dador de vida

Enseñanzas de la Biblia Popular

El Espíritu Santo

El dador de vida

John F. Vogt

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Este libro fue traducido por la señorita Sandra Corzo de Bogotá, Colombia; y fue revisado por el pastor Andrew C. Schorer, de Edna, Texas, EE UU.

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por la Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

PBT: *Holy Spirit: The Giver of Life* by John F. Vogt (NPH #15N0606; ISBN 978 0 8100 0751 7) Acknowledgment: 1997 Northwestern Publishing House. All rights reserved. Translated and reprinted with permission.

EBP: *El Espíritu Santo: El dador de la vida* por John F. Vogt (NPH #15N0606; ISBN 978 0 8100 0751 7) Reconocimiento: 2007 Northwestern Publishing House. Todos los derechos reservados. Traducido y reimpresso con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, ni guardada en algún sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Tarjeta de la Biblioteca del Congreso 97 66995
Editorial Northwestern
© 1997 Editorial Northwestern
Publicado en 1997
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0 8100 0751 7

Tabla de contenido

Prefacio del editor	5
Introducción	7
1. Su divina persona	9
2. Sus divinos nombres y atributos	21
3. Su obra en los tiempos del Antiguo Testamento ...	31
4. Su obra en el Nuevo Testamento	43
5. Su obra principal	53
6. Buenas obras de la nueva naturaleza	67
7. Dones para todos los creyentes	79
8. Dones fundacionales y confirmatorios	89
9. Dones que continúan para el bien de la iglesia ...	105
10. Conservación de los santos	117
11. La honra que le es debida	131
Notas finales	139
Para lectura adicional	143
Índice de textos bíblicos	145
Índice temático	151

Prefacio del Editor

Enseñanzas de la Biblia Popular, es una serie de libros sobre las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el patrón establecido con la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para personas laicas. Cuando se usan términos teológicos se explican en lenguaje cotidiano para que la gente pueda entenderlos. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana es extraída directamente de pasajes claros de la Escritura, y luego, cómo se aplican esas doctrinas a la fe y a la vida, de las personas. Lo más importante es que estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura apunta a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de congregaciones y profesores, que han tenido años de experiencia en la enseñanza de la Biblia. Son hombres de gran erudición y aporte práctico.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud, al Profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin, en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm, Minnesota, EEUU por contribuir como consultores para esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluableles.

Oramos para que el Señor use estos tomos para ayudar a su pueblo a crecer en su fe, conocimiento y comprensión de sus enseñanzas salvíficas, las cuales nos ha revelado en la Biblia. Sólo a Dios sea la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

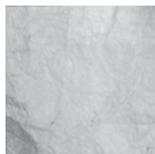
Introducción

“Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas, soy capaz de ser creyente en Jesucristo, mi Señor, y allegarme a Él”, confesó Martín Lutero en su explicación del Tercer Artículo del Credo Apostólico. Soy salvo solamente porque “el Espíritu Santo me ha llamado mediante el Evangelio, me ha iluminado con sus dones, y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe”.

Debido a que el Espíritu Santo desempeña un papel tan vital en el plan de Dios para la salvación, el Credo Niceno llama al Espíritu Santo “el dador de vida”. El Espíritu es activo, poderoso, y obra en los miembros del pueblo de Dios, dándoles la vida que Jesús ganó para ellos. Él nos lleva a la fe y nos conserva en la fe, y de este modo nos da la vida espiritual, la vida en íntima comunión con Dios como nuestro Padre.

Cuando el Espíritu Santo hace su obra, él no llama la atención hacia él mismo. Más bien, llama la atención hacia Jesús, nuestro Salvador. A pesar de este hecho, el Espíritu Santo ha atraído bastante atención a lo largo de la historia de la iglesia cristiana. Él, e incluso su obra, ha sido el centro de considerable controversia. Mucha de la controversia en la iglesia de los tiempos modernos gira en torno del movimiento carismático.

Los cristianos ven al Espíritu Santo y a sus dones, de forma diferente. En este libro examinaremos lo que dice la Biblia sobre los puntos de controversia y encontraremos sus respuestas para ellos. Lo que es más importante, pido a Dios que este libro nos ayude a crecer en nuestro conocimiento del Espíritu Santo y en nuestro acercamiento hacia él. Oro para que el Espíritu Santo no sea solamente una doctrina de nuestra teología, sino también la fuente de poder espiritual para nuestra vida.



1

Su divina persona

“Y la verdadera fe cristiana es ésta, que veneremos al solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; no confundiendo las personas, ni dividiendo la sustancia... Así que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.”¹ Con estas palabras el Credo Atanasiano resume la enseñanza de la Biblia sobre el Dios trino.

Siempre han existido quienes rechazan esta doctrina bíblica. El Corán afirma: “¡Creed, pues, en Alá y en Sus enviados! ¡No digáis ‘Tres’! ¡Basta ya, será mejor para vosotros! Alá es sólo un Dios Uno.”² La iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días (iglesia mormona) enseña que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, son tres dioses separados y desiguales, y que por la “progresión eterna” los humanos también pueden llegar a ser dioses. Joseph Smith, el fundador de ese grupo, escribió: “Jesús es más grande que el

Espíritu Santo el cual está sujeto a él, ¡pero su Padre es más grande que él!”³ Joseph Rutherford, un líder pionero de los testigos de Jehová manifestó: “La doctrina de la ‘trinidad’ no encuentra ningún soporte en la Biblia, sino, por el contrario, la Biblia prueba más allá de toda duda de que es la doctrina del demonio, impuesta de forma fraudulenta sobre el hombre para destruir la fe en Jehová”.⁴ La negación de la Trinidad por parte de aquellos que están fuera de la iglesia cristiana no nos sorprende.

Sin embargo puede ser sorpresivo descubrir que a menudo los cristianos tampoco tienen claridad sobre el lugar del Espíritu Santo en la Trinidad. Recuerdo una oportunidad en que se me preguntó: ¿qué creen los luteranos? Empecé diciendo que creemos en el Dios trino, es decir, un solo Dios en tres personas. No pude ir más allá. La persona que me preguntó se alteró e insistió con vehemencia que el Espíritu Santo no es una persona. “Él es un espíritu; Jesús fue el único que se convirtió en persona”, argumentó. Obviamente el término persona tenía un significado distinto para ese hombre que el que tenía para mí. Para él, una persona es un ser humano de carne y hueso. Ciertamente yo sé que Jesucristo es el único miembro de la Trinidad que se convirtió en humano y vivió entre nosotros por un tiempo. Cuando me referí al Padre y al Espíritu Santo, como *personas*, quise decir otra cosa.

La Confesión de Augsburgo explica lo que quieren decir los luteranos: “Con la palabra *persona* no se entiende una parte ni una cualidad en otro, sino lo que subsiste por sí mismo, tal como los padres han empleado la palabra en esta materia”.⁵ Una persona es un ser separado, que puede hablar, escuchar, pensar, tener voluntad, y actuar. Por lo tanto, designar al Espíritu Santo como persona, significa decir que él es una personalidad real y separada, un ser vivo que es distinguible de cualquier otro ser.

Una persona distinta

La Biblia enseña que el Espíritu Santo es una persona distinta en el Dios trino. Los pasajes que lo mencionan con el Padre y el Hijo, son la evidencia bíblica más obvia de eso. Cuando el Espíritu es puesto al mismo nivel o coordinado en una serie con el Padre y el Hijo, cuyas personalidades son indiscutibles, esto muestra claramente que él también es un ser individual. Jesús estableció al Espíritu Santo al lado del Padre y el Hijo, cuando nos ordenó: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). El apóstol Pedro identifica claramente a tres personas en acción en los creyentes los cuales han sido “elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:2).

Numerosos versículos en la Escritura, mencionan a los tres miembros del Dios trino. Estos versículos serían una tontería, si los tres no estuvieran separados ni fueran distintos el uno del otro. En el bautismo de Jesús, cuando él remontó del agua, “los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él. Y se oyó una voz de los cielos que decía: ‘Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia’” (Mateo 3:16,17). Jesús dio otro ejemplo cuando le dijo a sus discípulos que enviaría al Espíritu Santo, que vendría del Padre: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí.” (Juan 15:26). Otro pasaje que identifica claramente a las tres personas, dice: “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret” (Hechos 10:38).

Las muchas actividades atribuidas al Espíritu Santo también demuestran que él es una persona distinta. El Espíritu otorga dones espirituales a los creyentes (1 Corintios 12:11).

Él puede entristecerse (Efesios 4:30). Él “da testimonio” (Romanos 8:16), “clama” (Gálatas 4:6), “ayuda en nuestra debilidad... intercede por nosotros” (Romanos 8:26), y enseña (1 Corintios 2:13). Jesús dice que el Espíritu Santo vendrá, convencerá, guiará, hablará, oír, y hará saber (Juan 16:7-13). Versículos como estos serían absurdos si el Espíritu Santo no fuera un ser distinto que puede hacer las cosas que se describe que hace.

En la iglesia cristiana primitiva, algunos negaban la verdad bíblica de que Dios es tres personas distintas. Algunos falsos maestros abogaron por el *monarquianismo modal* o modalista, la enseñanza de que Dios es solamente una persona y que se revela a él mismo de tres distintos modos, o formas, o actividades. En otras palabras, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, son simplemente tres papeles desempeñados por un solo ser divino. De acuerdo con esta falsa doctrina, Dios es como un actor en un drama, que cambia de vestuario entre escenas para representar diferentes personajes. Hoy en día, a veces se usa una ilustración que refleja el mismo malentendido. La Trinidad se compara con un hombre que es al mismo tiempo un hijo para sus padres, un esposo para su esposa, y un padre para sus hijos. Esta ilustración es defectuosa porque dibuja únicamente a una persona que hace tres trabajos diferentes. Nadie hablaría nunca de ese hombre como si fuera tres personas humanas distintas. Pero Padre, Hijo, y Espíritu Santo, son tres personas divinas distintas.

Una variación de esta falsa enseñanza se llama *monarquianismo dinámico*. Este sostiene que el Espíritu Santo es solamente un poder divino que viene de Dios y que obra en los humanos (*dynamis* es la palabra griega para “poder”). De acuerdo con esta falsa enseñanza, el Espíritu Santo no es un ser distinto, sino una fuerza que emana de Dios y que sobreviene a una persona. El término Espíritu Santo, por lo tanto, simplemente personifica la influencia o el poder de

Dios. En otras palabras, dice que la Escritura está usando un lenguaje visual para que los humanos, de mentalidad simple, puedan entender que Dios está obrando en ellos.

Una forma moderna de monarquianismo, afirma que el Espíritu Santo es realmente el extremista incluso ve la obra del Espíritu Santo como el cumplimiento de la promesa de Jesús de volver de nuevo. Oral Roberts nos da un ejemplo de esta forma de monarquianismo cuando escribe: “El Espíritu Santo es el regreso de Cristo en su forma invisible, ilimitada... Tomemos como ejemplo el agua. Se puede manifestar en tres formas; como líquido, como hielo, y como vapor. Pero sigue siendo agua.”⁶ No tenemos que mirar más allá del pasaje en que Jesús llama al Espíritu Santo “otro Consolador” (Juan 14:16) para darnos cuenta de que Jesús y el Espíritu, no pueden ser la misma persona.

El monarquianismo es un nombre elegante para el unitarianismo, el cual niega la Trinidad. Los pasajes de la Biblia que hemos visto muestran que cualquier negación de la personalidad distinta del Espíritu Santo viola la verdad revelada de Dios.

Igual al Padre y al Hijo

El Espíritu Santo es una persona divina, distinta del Padre y del Hijo. La Escritura también enseña que él es su igual. En la Biblia encontramos al Espíritu mencionado regularmente con los otros dos miembros de la Trinidad como un tercer compañero igual. Nunca vemos ninguna indicación de que él sea inferior de ninguna manera.

Consideremos un par de ejemplos del Antiguo Testamento. En Isaías 42, Dios el Padre habla en versículos que se refieren a Jesús, el Cristo. El Padre dice: “Este es mi siervo, yo lo sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento. He puesto sobre él mi espíritu, él traerá justicia a las naciones” (versículo 1). En Isaías 48:16, Cristo

está hablando con clara referencia al Padre y al Espíritu: “Y ahora me envió Jehová el Señor, y su espíritu”.

En el Nuevo Testamento no tenemos que mirar más allá de la orden de Jesús de bautizar “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). En este versículo se trata al Espíritu Santo como a uno que es igual a las otras dos personas. Otros numerosos pasajes del Nuevo Testamento ilustran la misma verdad. Jesús hizo evidente la intersección de los tres iguales cuando prometió: “Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho” (Juan 14:26).

También ilustran esta intersección de compañeros iguales, tres pasajes familiares de los escritos de San Pablo.

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘*Abba, Padre!*’”. (Gálatas 4:4-6)

Por medio de [Jesús] los unos y los otros, tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. (Efesios 2:18)

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo, sean con todos ustedes. (2 Corintios 13:14)

La bendición apostólica nos es familiar. Es muy significativo que cuando Pablo pronuncia la bendición de Dios sobre la gente, él habla de la bendición que viene de tres personas distintas en Dios.

Si los pasajes que acabamos de estudiar no son suficientes para convencer a la gente de que el Espíritu es igual al Padre y al Hijo, la Biblia da una prueba irrefutable llamando Dios al Espíritu Santo. Ananías y Safira, intentaron engañar a la iglesia primitiva y timar al Señor. Ellos mintieron sobre un

regalo que les habían presentado a los apóstoles. Pedro los confrontó: “Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y sustrajeras del producto de la venta de la heredad?... ¡No has mentido a los hombres sino a Dios!” (Hechos 5:3,4).

En los capítulos posteriores de este libro, estudiaremos los nombres divinos del Espíritu Santo, sus atributos divinos, sus obras divinas, y el honor divino que le debemos. Esos capítulos en todas formas reforzarán nuestra convicción de que el Espíritu Santo es igual al Padre y al Hijo.

Tal vez aquí deberíamos hablar un poco sobre un pasaje del Nuevo Testamento que a veces fue usado en el pasado para tratar de probar la condición igual de las tres personas de la Trinidad. Se trata de 1 Juan 5:7,8: “Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son uno”. La traducción Vulgata latina de la Biblia contiene este versículo, pero ninguno de los manuscritos griegos del Nuevo Testamento lo contiene. Esta falta de evidencia textual contundente ha llevado a los estudiosos de la Biblia a concluir que este versículo fue insertado por un traductor o copista en un tiempo posterior. Sin embargo, incluso sin esta última inserción de 1 de Juan, la evidencia bíblica de la condición igual del Espíritu con el Padre y el Hijo, es indiscutible.

Dios completo

Martín Lutero escribió: “De estas personas cada una es Dios”.⁷ En el Dios trino, cada persona posee completamente la divinidad. En otras palabras, cada una es Dios completo, no un tercio de Dios. La divinidad no puede ser dividida. La Biblia afirma: “No hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4). No hay tres Dioses, ni tres tercios de Dios que se sumen para dar como resultado un Dios. Así como las Escrituras enseñan que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la

divinidad” (Colosenses 2:9), así mismo enseñan que el Espíritu Santo es Dios completo.

Las Escrituras nunca dividen los atributos de Dios, como la omnipotencia, la omnisciencia, ni la omnipresencia. El Padre no posee un tercio de omnipotencia, con el Hijo ostentando el segundo tercio, y el Espíritu Santo el último tercio. Es contrario a la Escritura visualizar a las tres personas de la Trinidad aportando sus partes para obtener la totalidad del poder omnipotente. Ni tampoco las personas poseen diferentes habilidades. Por ejemplo es contrario a la Escritura imaginar que el Padre es el omnipotente, el Hijo el omnisciente, y el Espíritu Santo el omnipresente. Por el contrario, la Biblia atribuye todos los atributos divinos igual y completamente a cada persona. El Espíritu Santo, por ejemplo, es omnipresente: “¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás” (Salmo 139:7,8).

Las obras y el honor divino, pertenecen igual y completamente a cada persona. Por ejemplo en el capítulo 3 de este libro veremos que la Escritura atribuye la obra de la creación al Espíritu Santo así como al Padre y al Hijo.

Los profetas del Antiguo Testamento recibieron sus mensajes del Señor: “Escucharé lo que hablará Jehová Dios” (Salmo 85:8). En el Nuevo Testamento, este Señor que habló es identificado como el Espíritu Santo: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). El Espíritu Santo es identificado con el Señor, porque él es Dios completo.

Ilustraciones familiares ejemplifican al Dios trino. Una es un triángulo con tres lados iguales. Se necesitan tres lados para formar un triángulo. Otra ilustración es un trébol con tres hojas del mismo tamaño. Se necesitan tres hojas para hacer un

trébol. Sin embargo estas ilustraciones son un poco engañosas. Un solo lado no es un triángulo ni tampoco es una sola hoja un trébol. ¡Pero cada persona de la Trinidad: Padre, Hijo, y Espíritu Santo, es Dios! ¡Cada una por ella misma es Dios completo!

¿Cómo pueden tres personas distintas, cada una, ser Dios completo? ¿Cómo pueden tres “Dios completo” ser un solo Dios? Estos son misterios de la Trinidad, misterios dentro de la maravilla de Dios. Lutero expuso la situación claramente: “La razón no puede comprender que una cosa no contenga ninguna distinción y al mismo tiempo sea tres cosas distintas”.⁸ La Escritura no ofrece ninguna explicación en ninguna parte. Enfatiza tanto la unidad como la pluralidad y nunca da ni siquiera una pista para resolver el problema matemático que presenta la trinidad en la unidad. La Biblia simplemente expone los hechos.

Tenemos que cultivar la actitud del joven Samuel, quien dijo simplemente: “Habla, que tu siervo escucha” (1 Samuel 3:10). No es nuestra tarea resolver lo que Dios no ve como un problema. El peligro merodea cuando tratamos de explicar con la razón humana lo que Dios ha escogido no explicar. Por ahora, debemos estar contentos de aceptar lo que dice la Biblia. Vendrá un día en que “lo veremos tal como es” (1 Juan 3:2).

Procede del Padre y del Hijo

El Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, son cada uno personas completas e iguales de la Trinidad. Sin embargo dentro de esa Trinidad hay una relación peculiar del Espíritu Santo con las otras dos personas. La Biblia describe esta relación como *procesión*. Jesús habla del Espíritu Santo como “el Espíritu de vuestro Padre” (Mateo 10:20). Tanto Pedro como Pablo, se refieren a él como “el Espíritu de Cristo” (Romanos 8:9; 1 Pedro 1:11). Jesús nos dice: “[El Espíritu] no hablará por su

propia cuenta... Él me glorificará porque tomará de lo mío y os lo hará saber” (Juan 16:13,14).

La relación que hace verdaderos los nombres “Espíritu de su Padre” y “Espíritu de Cristo” es descrita por Jesús así: “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). El Espíritu Santo procede del Padre; él es enviado por Jesús. El Credo Atanasiano expresa esa verdad en estas palabras: “El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo; ni hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente”.⁹

Este hecho de proceder del Padre y el Hijo, es entendido como una procesión eterna. No es solamente que el Padre y el Hijo, enviaran al Espíritu Santo a la iglesia del Nuevo Testamento en Pentecostés. De alguna manera, que va más allá de nuestra comprensión, el Espíritu procede del Padre y del Hijo, desde toda la eternidad, de la misma manera que el Hijo fue engendrado por el Padre desde la eternidad.

Algunos pueden argumentar que como el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, debe ser inferior a ellos. Sin embargo, la experiencia cotidiana expone la lógica imperfecta de semejante afirmación. Los hijos humanos no son necesariamente inferiores a sus padres. Muchos hijos igualan o incluso superan, a sus padres en cosas como talla, inteligencia, habilidades, o logros. Dentro de la Trinidad, la procesión de ninguna manera significa inferioridad. El Espíritu Santo es Dios completo. Es eterno. La procesión, por lo tanto, es algo inexplicable que está presente en el interior de las personas iguales de la misteriosa Trinidad. Las Escrituras no nos dan más detalles.

La doctrina de la procesión llevó a un acalorado debate en la iglesia cristiana primitiva. La parte oriental de la iglesia primitiva, es decir, la de habla griega, confesaba en la versión original del Credo Niceno (325 d.C.) que el Espíritu Santo

procede del Padre sin ninguna mención de que procediera también del Hijo. Más tarde San Agustín llamó la atención hacia los muchos versículos de la Escritura que señalan que el Espíritu Santo viene o es enviado por el Hijo (400 d.C.). En un concilio eclesiástico en Toledo, España, en el año 589 d.C., la iglesia occidental, es decir, la de habla latina, corrigió el Credo Niceno para que dijera: “que procede del Padre y el Hijo”. Esto dio lugar a la controversia *filioque* (palabra en latín para “y del Hijo”). Los orientales aducían que una falsa doctrina fue insertada en el Credo Niceno por medio de esta adición no autorizada. Esta controversia *filioque* fue uno de los factores que llevaron al gran cisma de 1054. El papa de Roma excomulgó a la iglesia oriental. A su turno, el patriarca de Constantinopla excomulgó al papa. La iglesia cristiana se dividió en las iglesias ortodoxas de Asia y la iglesia católica romana de Europa. La controversia *filioque* sigue siendo un asunto sin resolver entre esas iglesias hasta el día de hoy.

Puede ser debatible que la iglesia occidental tuviera el derecho de alterar el Credo Niceno. Lo que no puede ser debatido es que era correcto defender la deidad del Espíritu Santo y su igualdad dentro de la Trinidad. Es falsa doctrina enseñar que el Espíritu Santo es subordinado o inferior al Padre o al Hijo. Mientras el Espíritu Santo usualmente es ubicado de tercero en la serie, esto es simplemente una secuencia lógica. El Credo Apostólico sería igual de correcto si comenzara con “Creo en el Espíritu Santo” y terminara con “Creo en Dios, el Padre todopoderoso”. Sin embargo, esa inversión no sería tan lógica como el orden tradicional. Cuando hablamos del Espíritu Santo como “la tercera persona de la Trinidad”, simplemente estamos usando el ordenamiento que se encuentra en pasajes como la gran comisión (Mateo 28:19). Sería equivocado leer en ese término cualquier implicación de menor rango o menor dignidad.

Algunos pueden preguntar: “¿Qué diferencia hay si tenemos claridad con respecto a la persona del Espíritu Santo?” Esa pregunta es fácil de responder. En el Primer Mandamiento el Señor dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Los creyentes desean obedecer a su Señor. Por lo tanto, debemos saber quién es el verdadero Dios, al que debemos temer y amar, y en quien debemos confiar por sobre todas las cosas. Sería pecaminoso adorar o hacer reverencia al Espíritu Santo como Dios si él no fuera Dios. Por otra parte, si el Espíritu Santo es Dios, como enseña la Biblia, entonces estamos pecando si hablamos desdeñosamente de él o no le damos el honor que le es debido.



2

Sus divinos nombres y atributos

El Espíritu Santo es Dios. Su divinidad se muestra por el hecho de que se le dan nombres que pueden ser verdad sólo si él es Dios. Más aun, de acuerdo con la Biblia, el Espíritu Santo tiene atributos (es decir, cualidades o rasgos) que sólo Dios puede tener.

Sus nombres divinos

En tiempos bíblicos los nombres eran escogidos por su significado. Por ejemplo, el nombre de Abram fue cambiado a Abraham (“padre de muchos”). Piense en los nombres Isaac (“él se ríe”), Esaú (“velludo”), y Jacob (“el que agarra el talón”) o los hermosos nombres para nuestro Señor Jesús: Jesús (“Salvador”), Cristo (“el Ungido”), y Emmanuel¹⁰ (“Dios con nosotros”). De la misma manera, los nombres para el Espíritu Santo son títulos descriptivos más que nombres propiamente dichos. Están llenos de significado y nos hablan sobre él y su obra.

La tercera persona de la Trinidad es llamada el *Espíritu Santo*, nombre que refiere al hecho que es un ser real, pero que no está confinado a un lugar particular ni atrapado en un cuerpo físico.

Espíritu es traducción de la palabra hebrea *ruach* y de la palabra griega *pneuma*. Literalmente estas palabras significan “aliento” o “viento”. La imagen del Espíritu Santo como aliento es resaltada en Juan 20:22: “[Jesús] sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”. El Espíritu es la exhalación de Dios. Él es vida que viene de Dios en una forma personal para darnos vida. Cuando el Espíritu Santo está en nuestros corazones, la vida y el aliento de Dios mismo, moran en nosotros. Lea Ezequiel 37:1-14 para tener un ejemplo más amplio del Espíritu Santo como el aliento de la boca de Dios, dándole aliento de vida a los huesos secos espiritualmente.

Jesús también pinta al Espíritu Santo como viento: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu” (Juan 3:8). En este versículo la misma palabra griega (*pneuma*) es traducida como “viento” y luego “Espíritu”.

El nombre *viento* como se aplica al Espíritu Santo, es rico en significado. Como el viento, el Espíritu Santo es soberano. Usted no puede dar órdenes al viento. Este hace lo que quiere. De la misma manera, no podemos darle órdenes al Espíritu. “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11). Como el viento, el Espíritu es invisible, pero sin embargo perceptible y real. Nosotros no vemos el viento, pero vemos sus efectos. Nadie cuestiona la realidad del viento, porque podemos ver polvo y hojas volando; podemos ver un barco movido por él. De una manera similar, aunque no podemos ver al Espíritu, no podemos cuestionar su existencia, porque donde él está obrando, los pecadores espiritualmente muertos son llevados a la fe; les es dada nueva vida, y se

convierten en nuevas criaturas. Como el viento, el Espíritu Santo es poderoso. Considere el increíble poder de un tornado o un huracán. De la misma manera, el poder del Espíritu rompe la atadura del pecado y de Satanás, y nos lleva al reino de Dios.

¿Tal vez usted se ha preguntado si se debe referir al Espíritu Santo como un ser masculino o neutro? En otras palabras, ¿se debe referir al Espíritu Santo como *él* o *ello*? En el griego original del Nuevo Testamento, la palabra *pneuma* es un sustantivo neutro y por eso, de acuerdo con las reglas de la gramática griega, se le aplica el pronombre neutro *eso*. Cuando se traduce al español, sin embargo, el pronombre masculino “*él*” es la mejor opción para mostrar que el Espíritu Santo es un ser y persona real, y no sólo una fuerza impersonal.

La palabra descriptiva *santo* frecuentemente se añade al nombre Espíritu. *Santo* significa “perfecto y sin pecado”. Más que eso, significa “separado de cosas comunes o profanas y consagrado al servicio sagrado”. Como parte de la Trinidad, el Espíritu Santo es separado para el servicio divino.

Otro nombre significativo para el Espíritu Santo es el *Paracleto*. Este nombre es una palabra griega que se incorporó al español. Antes de que Jesús dejara este mundo, él le prometió a sus discípulos: “Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador [*Paracleto*], para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad” (Juan 14:16,17). *Paracleto* usualmente se traduce como “consejero” o “consolador”. Sin embargo, esta palabra quiere decir mucho más que eso. Quiere decir “persona que es llamada o citada al lado de uno”. En griego clásico, un *paracleto* era un abogado defensor en un juicio. En el griego posterior, *paracleto* se refería a cualquiera que toma el lugar de otro, que defiende su causa, y que habla bien de él.

El *paracleto* es el que permanece a nuestro lado para ayudarnos. Para los discípulos Jesús había sido ese *paracleto*. Después de la ascensión de Jesús el Espíritu Santo tomó el lugar de Jesús al lado de los creyentes. El Espíritu nos consuela, nos guía, y nos protege. “Consejero” es una buena traducción para *paracleto*. “Ayudador”, “sustentador”, “reivindicador”, “protector”, y “motivador”, son otras traducciones que funcionarían también.

El Espíritu Santo es el que está a nuestro lado, el “co-partícipe”. Él está cerca, listo para ofrecer ayuda en cualquier necesidad. La verdad de que el Espíritu es el *Paracleto*, quien siempre está presente, quita el miedo. ¿Cómo podemos tener miedo ante cualquier peligro si Dios está a nuestro lado para ayudarnos y para salir en nuestra defensa?

Sus títulos descriptivos

Las Escrituras usan muchos otros títulos descriptivos para hablarnos del Espíritu Santo y de su obra.

Él es llamado *el Espíritu de verdad* (Juan 14:17). Este título significa que más allá de ser veraz y de no engañar a nadie, el Espíritu Santo es la encarnación de la verdad divina. Él la trae, la revela y hace que se vuelva efectiva en nuestras vidas. “Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda la verdad”, promete Jesús (Juan 16:13). Sólo por medio de la enseñanza el Espíritu Santo llegamos a conocer la verdad de Dios.

El Espíritu de santidad es otro título descriptivo que usa la Biblia (Romanos 1:4). A primera vista puede parecer que este título no nos dice nada más de lo que ya nos dice el título Espíritu Santo. Pero hay una diferencia. El nombre Espíritu Santo enfatiza que el carácter del Espíritu es santo. De otra parte, el título Espíritu de santidad resalta el pensamiento de que él imparte santidad a otros. Él nos hace santos, limpios de nuestro pecado y reservados para el servicio de Dios.

Esta misma cosa, se aplica a otros títulos dados al Espíritu Santo. Él es llamado *el Espíritu de vida* (Romanos 8:2). Él nos hace libres de la ley que señala el pecado y la muerte. A su turno, él imparte vida y victoria espiritual. Él es *el Espíritu de gracia* (Hebreos 10:29). Sólo por la obra del Espíritu en nuestros corazones recibimos la gracia, el amor inmerecido, que Dios tiene por nosotros en Jesucristo. El Espíritu Santo es *el Espíritu de gloria* (1 Pedro 4:14). Cuando enfrentamos reproches por los méritos de Cristo, podemos regocijarnos, porque el Espíritu pone ante nuestros ojos la gloria que nos espera. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:16,17).

A las Escrituras les gusta acumular títulos descriptivos para el Espíritu Santo. Isaías 11:2 es un excelente ejemplo de eso: “Reposará sobre [el Mesías] el espíritu de Jehová: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová”.

El versículo citado ilustra una dificultad en entender los títulos descriptivos para el Espíritu Santo. La frase “el espíritu de sabiduría y de inteligencia” por ejemplo, ¿se refiere al Espíritu Santo, o está refiriéndose a una cualidad (un “espíritu”) del Mesías que viene? En otras palabras, ¿Isaías quiere decir que el Espíritu Santo con su sabiduría y entendimiento estará en Jesús? ¿O más bien quiere decir que el Mesías será un hombre lleno de sabiduría y entendimiento? En otras palabras, ¿Isaías quiere decir Espíritu (con *E* mayúscula) o espíritu (con *e* minúscula)? Deberíamos darnos cuenta de que las letras mayúsculas no son parte de los manuscritos inspirados de la Biblia, sino son interpretaciones de los traductores.

Permítame darle un ejemplo donde tanto la versión Reina-Valera como la Nueva Versión Internacional (NVI) parecen haber hecho la elección equivocada. La Reina-Valera traduce Números 27:18 así: “Jehová dijo a Moisés: Toma a Josué hijo de Nun, hombre en el cual hay espíritu, y pon tu mano sobre él”. La NVI también deja “espíritu” con letra minúscula. Sin embargo, “espíritu” con letra minúscula no tiene sentido en este versículo. ¿Qué clase de espíritu tenía Josué? ¿Un espíritu de equipo? ¿Un espíritu humilde? ¿Un espíritu de liderazgo? En esta instancia el “Espíritu” con mayúscula claramente encaja el contexto. “Espíritu”, con mayúscula, nos diría que Josué era un hombre al que se le habían otorgado poderes por el Espíritu Santo y así, obviamente, era una buena elección para suceder a Moisés. Ese hecho de que el Espíritu Santo morara y obrara dentro de las personas se enseña claramente en la Escritura. Por ejemplo: “Pondré dentro de vosotros mi espíritu [de nuevo, sería mejor “Espíritu”] y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos” (Ezequiel 36:27). Desdichadamente, la Versión Reina-Valera en español nunca escribe *Espíritu* (con mayúscula) en el Antiguo Testamento, aunque en muchos casos está refiriéndose directamente a la persona del Espíritu Santo.

Cuando lea la Biblia, observe si la palabra *espíritu* está escrita con mayúscula o con minúscula. Eso le ayudará a entender cómo interpretan el versículo los traductores. Sin embargo, no acepte simplemente la decisión de los traductores. Los lectores con criterio tendrán que averiguar por ellos mismos si se quiere decir *espíritu* o *Espíritu*. El Espíritu Santo que obra por medio de la Palabra está ahí para ayudarnos a entender correctamente. Afortunadamente, en la mayoría de los casos el significado es el mismo, sin importar si la *e* es mayúscula o minúscula, ya que el Espíritu Santo produce en nosotros el espíritu agradable a Dios.

Otro título especialmente consolador para el Espíritu Santo,

se encuentra en Efesios 1:13,14: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es *las arras* de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”. El Espíritu en nuestro corazón es las arras, es decir, un depósito o anticipo, que garantiza la vida eterna. La imagen es familiar para la gente de nuestro mundo moderno que a menudo compra con base en un plan de financiamiento. Un anticipo es una promesa de que el saldo restante será pagado en su totalidad más adelante. En el reino espiritual el Espíritu Santo es la promesa de Dios que asegura que el pago total de todas las promesas de Dios se hará efectivo. Pablo usa esta misma descripción consoladora para el Espíritu Santo en 2 Corintios 1:22. Dios “también nos ha sellado y nos ha dado, como garantía, el Espíritu en nuestros corazones”. Cuando el Espíritu Santo entró en nuestros corazones, él nos llevó a la fe, la cual guarda la verdad de que Cristo nos rescató de nuestros pecados. Ahora el Espíritu Santo en nosotros garantiza que cuando sea el tiempo correcto, Dios nos rescatará de todo mal. Incluso nuestros cuerpos muertos serán rescatados para la gloria eterna.

¿Qué significan para nosotros estos hermosos nombres del Espíritu Santo? Cada nombre da evidencia adicional de que el Espíritu Santo es Dios. Sólo el verdadero Dios puede tener esos nombres y ser la encarnación de esas cualidades. Nunca hay necesidad de que dudemos. Nuestra fe descansa en el verdadero Dios. La Biblia prueba eso una y otra vez. Aun más, sabemos que este poderoso Dios permanece a nuestro lado a lo largo de nuestra vida y que nos garantiza una herencia eterna en el cielo. El Espíritu Santo, el aliento de Dios, el viento de Dios en nosotros, es nuestro Paracleto, y el depósito que garantiza nuestro futuro de vida eterna, con él junto con el Padre y con el Hijo.

Atributos divinos

Las Escrituras no solamente llaman al Espíritu Santo con nombres divinos, sino que también le atribuyen características que pertenecen solamente a Dios. La Biblia revela que el Espíritu Santo posee los mismos rasgos y cualidades divinas que tienen el Padre y el Hijo.

El Espíritu Santo es el “Espíritu eterno” (Hebreos 9:14). Solamente Dios es eterno, sin principio ni final.

El Salmo 139:7,8 pregunta: “¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás.” Aquí el rasgo divino de la omnipresencia es atribuido al Espíritu Santo. Él está presente en todas partes. De ninguna forma Dios está restringido por las limitaciones del tiempo ni del espacio. Este atributo divino contiene una palabra de advertencia para nosotros. No hay lugar donde Dios no nos vea. Nada está escondido para él. Por otra parte, la omnipresencia es una cualidad especialmente consoladora en el caso del Espíritu Santo. Ningún lugar ni ningún espacio, nos pueden separar de la presencia amorosa del Espíritu. No tenemos que temer ningún mal incluso en los más oscuros valles de la vida. El Salmo 139 también saca esta conclusión: “Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra” (versículos 9,10).

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:4,5,11). Estos versículos nos dicen que el Espíritu Santo es todopoderoso, porque nadie aparte de Dios posee el poder para otorgar dones espirituales según lo determine. El Espíritu es omnipotente; su poder no conoce límites.

“El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios, porque ¿quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:10,11). Estos versículos nos dicen que el Espíritu Santo posee el atributo divino de la omnisciencia. Él conoce todas las cosas, incluso los profundos misterios de Dios.

La Biblia nos habla de otras cualidades divinas que posee el Espíritu. Él es el “glorioso Espíritu de Dios” (1 Pedro 4:14), “el Espíritu de la gracia” (Hebreos 10:29), y el “buen Espíritu” de Dios (Nehemías 9:20). Pablo habla de su amor (Romanos 15:30).

¿Qué significa para nosotros que el Espíritu Santo posea atributos divinos? ¿Significa que tiene la capacidad de finalizar todas las tareas importantes que se le ha encomendado hacer en nuestra vida! Más aun, tiene la fidelidad para realizar su obra salvadora hasta el final. En los siguientes dos capítulos estudiaremos ejemplos de las muchas obras divinas del Espíritu en el Antiguo y en el Nuevo Testamento.



3

Su obra en tiempos del Antiguo Testamento

Antes de que Jesús dejara a sus discípulos, les prometió a ellos y también a nosotros: “[El] Padre... os dará otro Consolador para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de verdad” (Juan 14:16,17). Una breve ojeada a la historia del Antiguo Testamento muestra por qué esta es una promesa tan emocionante, cuyo propósito es consolar a todos los creyentes.

Activo en el principio

Ya en el primer día de la historia del mundo, encontramos al Espíritu Santo en acción. “La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2). Junto con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo creó todas las

cosas, incluyendo a los humanos. Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (versículo 26). En todas partes la Escritura confirma el papel del Espíritu en la obra de la creación. “El Espíritu de Dios me hizo; y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4). El único Dios verdadero creó el universo; el Espíritu Santo tuvo un papel activo.

En el período más temprano de la existencia de este mundo, el Espíritu Santo obró para mantener a las criaturas de Dios cerca a su Señor. Fue una lucha frustrante. Los piadosos se casaron con los impíos, y siguieron sus caminos rebeldes y de pecado. Dios advirtió que el Espíritu Santo no lucharía contra los malvados indefinidamente. “Entonces dijo Jehová: ‘No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; pero vivirá ciento veinte años’” (Génesis 6:3). Después de esos 120 años, Dios llevó esa edad impía a un final con el diluvio.

En el tiempo de Moisés

El Espíritu Santo continuó haciendo sentir su presencia cuando dirigió la historia del pueblo escogido de Dios, los israelitas. La Biblia muestra al Espíritu Santo en acción en el tiempo del éxodo de Egipto. En el monte Sinaí, Dios reveló en detalle sus deseos para el tabernáculo. “Habló Jehová a Moisés y le dijo: ‘Mira, yo he llamado por su nombre a Bezaleel hijo de Uri hijo de Hur, de la tribu de Judá, y lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte, para inventar diseños, para trabajar en oro, en plata, y en bronce, para labrar piedras y engastarlas, tallar madera y trabajar en toda clase de labor’” (Éxodo 31:1-5). Dios le dio a Bezaleel las habilidades necesarias para ejecutar los planes. El Espíritu Santo actuando en Bezaleel le dio disposición para asumir el proyecto y fidelidad, para llevarlo a feliz término.

El Señor proveyó líderes fieles para su pueblo. Moisés estaba preparado para su tarea porque en él moraba el Espíritu Santo. Pero Moisés no estaba solo. El Espíritu Santo empoderó a 70 ancianos para ayudar a Moisés a liderar al pueblo. Él les dio un don especial para confirmar que él estaba con ellos. “Entonces Jehová descendió en la nube y le habló [a Moisés]. Luego tomó del Espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta hombres ancianos. Y en cuanto se posó sobre ellos el espíritu, profetizaron” (Números 11:25).

Setecientos años más tarde el profeta Isaías se acordaría del éxodo. Por una parte, Isaías vio el pecado que resultó en 40 años de vagar por el desierto. “Mas ellos fueron rebeldes e hicieron enojar su santo Espíritu; por lo cual se les volvió enemigo y él mismo peleó contra ellos” (Isaías 63:10). Por otra parte, Isaías vio la gracia de Dios, quien mantuvo en acción su Espíritu Santo en el pueblo. “Sin embargo, se acordaron de aquellos tiempos antiguos, de Moisés, y de su pueblo, diciendo: ‘¿Dónde está el que los hizo subir del mar con el pastor de su rebaño? ¿Dónde el que puso en medio de él su santo Espíritu? El Espíritu de Jehová los pastoreó como a una bestia que desciende al valle. Así pastoreaste a tu pueblo para hacerte un nombre glorioso” (versículos 11,14).

Después de 40 años de vagar por el desierto, era tiempo de que los israelitas entraran a la tierra prometida. A Moisés no se le permitió seguir. Pero el Espíritu Santo no dejó a la nación sin un líder fiel en este momento crucial. “Jehová dijo a Moisés: ‘Toma a Josué hijo de Nun, hombre en el cual hay [Espíritu], y pon tu mano sobre él. Preséntalo luego ante el sacerdote Eleazar y ante toda la congregación, y le darás el cargo en presencia de ellos” (Números 27:18,19).

Durante el tiempo de los jueces

Josué murió después de una vida entera de servicio fiel. Los israelitas entonces entraron en una nueva relación de

dependencia especial del Señor. Dios no les dio ninguna cabeza de gobierno para liderarlos ni ningún brazo armado para defenderlos. Cuando los enemigos venían para oprimir a la nación, el pueblo tenía que confiar en el Señor y esperar que él interviniera. ¡Y Dios no les falló! En todo tiempo de crisis, el Espíritu Santo comisionó a un líder, llamado juez. Entonces el Espíritu le dio al juez la sabiduría, la habilidad, y el valor, necesarios para ahuyentar al enemigo.

Los israelitas hicieron el mal y se olvidaron del Señor, lo cual se convirtió en un hábito trágico para ellos. En una de esos momentos de rebeldía, Dios, por lo tanto, los entregó en las manos del rey de Aram. El pueblo entendió el mensaje y suplicó el perdón de Dios. El Espíritu Santo escuchó su llanto y levantó a Otoniel, para ser su libertador. “El espíritu de Jehová vino sobre Otoniel, quien juzgó a Israel y salió a la batalla. Jehová entregó en sus manos a Cusan-risatim, rey de Siria, y le dio la victoria sobre Cusan-risatim. Y hubo paz en la tierra durante cuarenta años; y murió Otoniel hijo de Cenaz” (Jueces 3:10,11).

Gedeón fue otro de esos líderes. “Pero todos los madianitas y amalecitas y los del oriente, se juntaron a una, y cruzando el Jordán acamparon en el valle de Jezreel. Entonces el espíritu de Jehová vino sobre Gedeón, y cuando este tocó el cuerno, los abiezeritas se reunieron con él. Envió mensajeros por todo Manasés, y también ellos se le unieron; asimismo envió mensajeros a Aser, a Zabulón, y a Neftalí, los cuales salieron a su encuentro” (Jueces 6:33-35). No obstante, Gedeón no necesitaba a todos los hombres que respondieron a su llamado, sino que Dios le dio la victoria por medio de solo trescientos hombres armados con trompetas, antorchas, y cántaros vacíos.

El juez Sansón es una ilustración intrigante de lo que el Espíritu Santo puede lograr por medio de los seres humanos pecadores. Ciertamente Sansón tenía sus defectos. Él era un

solitario perseguidor de faldas que tomaba una decisión poco sensata después de otra. Sin embargo, por 20 años el Espíritu Santo lo utilizó para mantener a raya a los filisteos, y a los israelitas en paz.

El Espíritu Santo llamó a Sansón para el servicio de Dios: “En los campamentos de Dan, entre Zora y Estaol, el espíritu de Jehová comenzó a manifestarse en él” (Jueces 13:25). El Espíritu Santo le dio el don de poder sobrenatural: “Entonces el espíritu de Jehová vino sobre Sansón, quien despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en sus manos” (14:6). El Espíritu usó ese poder contra los filisteos enemigos de Israel: “El espíritu de Jehová vino sobre él; descendió Sansón a Ascalón y mató a treinta hombres de ellos” (versículo 19). “Cuando llegaron a Lehi, los filisteos salieron gritando a su encuentro; pero el espíritu de Jehová vino sobre él y las cuerdas que estaban en sus brazos se volvieron como lino quemado con fuego y las ataduras se cayeron de sus manos. Al ver una quijada de asno, fresca aún, extendió la mano, la tomó y mató con ella a mil hombres” (15:14,15).

Durante el tiempo de los reyes

El pueblo no estaba satisfecho con la organización de Dios bajo los jueces. En la debilidad de su fe, ellos anhelaban la seguridad que creían que un rey podría brindar. El juez Samuel fue enviado para ungir a Saúl y para asegurarle que el Espíritu Santo lo prepararía para el reinado. Samuel profetizó a Saúl: “Encontrarás una compañía de profetas... Entonces el espíritu de Jehová vendrá sobre ti con poder y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre” (1 Samuel 10:5,6). Todo sucedió justo como había dicho Samuel: “Apenas volvió él la espalda para apartarse de Samuel, le mudó Dios el corazón; y todas estas señales acontecieron en aquel día” (versículo 9).

El Espíritu guió al joven rey en su primera crisis. Él llevó a Saúl a actuar rápida y decisivamente para salvar la ciudad sitiada de Jabés Galaad. “Al oír Saúl estas palabras, el espíritu de Dios vino sobre él con poder, y se apoderó de él una violenta ira. Tomó entonces un par de bueyes, los cortó en trozos y los envió por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros, diciendo: ‘Así se hará con los bueyes del que no salga detrás de Saúl y detrás de Samuel’” (1 Samuel 11:6, 7). Saúl rescató a Jabés Galaad, salvando a sus hombres de que los amonitas les sacaran los ojos. El agradecido y piadoso rey Saúl le dio el crédito a quien le pertenecía: “Hoy Jehová ha traído salvación a Israel” (versículo 13). Trágicamente, Saúl no permaneció cerca a su Señor sino que rechazó la guía del Espíritu Santo. Al final, Dios lo rechazó como rey. La Escritura registra este triste hecho: “El espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y un espíritu malo de parte de Jehová lo atormentaba” (16:14).

El Espíritu Santo tuvo un tiempo mucho más feliz con el segundo rey de Israel, David. “Samuel tomó el cuerno del aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. A partir de aquel día vino sobre David el espíritu de Jehová” (1 Samuel 16:13). El Espíritu Santo tuvo un papel activo en el conflicto que había entre Saúl y David. Una vez más, el Espíritu escogió una señal sobrenatural para mostrar su posición.

Y avisaron a Saúl, diciéndole: “Mira, David está en Naiot de Ramá”. Entonces Saúl envió mensajeros para que trajeran a David, los cuales vieron una compañía de profetas que profetizaban, y a Samuel que estaba allí y los presidía. Vino el espíritu de Dios sobre los mensajeros de Saúl y ellos también profetizaron. Cuando lo supo Saúl, envió otros mensajeros, los cuales también profetizaron. Saúl... salió para Naiot, en Ramá, pero también se apoderó de él el espíritu de Dios, y siguió andando y profetizando hasta que llegó a Naiot, en Ramá. (19:19-21,23)

Hablaremos acerca de las señales sobrenaturales del Espíritu Santo en el capítulo 8. Por el momento, notamos que la profusión del Espíritu Santo en señales y maravillas ya ocurría en el Antiguo Testamento, cuando el Espíritu quería dejar clara su presencia o hacer énfasis en cierto punto.

Diciendo sus últimas palabras, David reflexionó sobre su vida y sus escritos. Él las resumió de la siguiente manera: “El espíritu de Jehová habla por mí, su palabra está en mi lengua” (2 Samuel 23:2).

Después de la muerte de su hijo Salomón, el gran reino de David fue dividido en dos. Los reyes infieles y la gente pecaminosa trajeron destrucción al reino del norte y la cautividad en Babilonia para el reino del sur. Sin embargo, el Espíritu Santo hizo que un remanente volviera a casa, y se encargó de que el templo fuera reconstruido. Zorobabel, el líder del exilio, no tenía el poder ni la riqueza de la que gozaban David ni Salomón. No obstante, el Espíritu Santo estaba con él y lo capacitó para hacer el trabajo. “Esta es palabra de Jehová para Zorobabel, y dice: ‘No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos’” (Zacarías 4:6).

Habló por medio de los profetas

El Espíritu Santo estuvo especialmente activo en los tiempos del Antiguo Testamento cuando hablaba por medio de los profetas. En el tiempo de los más malvados gobernantes de Israel, el rey Acab y la reina Jezabel, el Espíritu envió a Elías. Abdías, quien tenía temor de Dios, reconoció que el Espíritu guió el ministerio de Elías. Él le dijo a Elías: “Acontecerá que luego de que yo me haya ido, el espíritu de Jehová te llevará adonde yo no sepa” (1 Reyes 18:12). Igualmente, los profetas de Jericó estaban seguros de que el Espíritu Santo dirigía el camino de Elías. Ellos confesaron esa certeza cuando ofrecieron buscar a Elías después de que fue llevado al cielo.

Ellos explicaron: “Quizá lo ha levantado el espíritu de Jehová y lo ha arrojado en algún monte o en algún valle” (2 Reyes 2:16).

El poder del Espíritu obligó incluso al adivino Balán, a proclamar el mensaje de Dios. Balac le ofreció a Balán una atractiva tarifa para que viniera y maldijera al pueblo de Israel, pero el Espíritu Santo tenía una idea diferente. Dios usó un asno que hablaba para conseguir la atención de Balán y entonces el ángel del Señor, con su espada, hizo que Balán cambiara de idea. En vez de maldiciones, Balán llevó el mensaje del Espíritu: “Al alzar sus ojos, vio a Israel acampado por tribus, y el espíritu de Dios vino sobre él. Entonces pronunció esta profecía... ‘¡Cuán hermosas son tus tiendas, Jacob, y tus habitaciones, Israel!... Se agazapa y se echa como un león, como una leona. ¿Quién lo despertará? ¡Benditos sean los que te bendigan y malditos los que te maldigan!’” (Números 24:2, 3 ,5, 9).

El Espíritu Santo concedió al profeta Ezequiel visiones extraordinarias, las cuales, a su turno, él proclamó al pueblo. En la visión del valle de los huesos secos, el Espíritu Santo mostró a Ezequiel que él le daría nueva vida a la nación de Israel (entonces en el exilio). Más importante, en esa visión, él prometió dar nueva vida espiritual a los muertos espirituales de todos los tiempos. “Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os estableceré en vuestra tierra. Y sabréis que yo, Jehová, lo dije y lo hice, dice Jehová” (Ezequiel 37:13,14). Hay esperanza también para nosotros porque el cumplimiento final de esta visión viene a través de Jesucristo. Dios estaba preservando el remanente del Antiguo Testamento para que el Mesías pudiera venir como había sido prometido. Esa promesa será lograda completamente en el último día, cuando

Cristo reúna a los creyentes de todos los tiempos y tierras, ante el trono de Dios, para vivir ahí por siempre con el Señor.

Los profetas proclamaron la verdad de Dios, a menudo poniéndose en un gran peligro personal. El Espíritu Santo les dio el mensaje y también el valor para hablar. Miqueas, por ejemplo, pudo mirar a los ojos de aquellos que lo amenazaron y decir: “‘No profeticéis’, dicen a los que profetizan; ‘no les profeticen, porque no les alcanzará la vergüenza’. Mas yo estoy lleno del poder del espíritu de Jehová, de juicio y de fuerza, para denunciar a Jacob su rebelión y a Israel su pecado” (Miqueas 2:6; 3:8). El Espíritu también le dio a Miqueas el privilegio de compartir esta seguridad consoladora: “¿Qué Dios hay como tú, que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en la misericordia. Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades y echará a lo profundo del mar todos nuestros pecados” (7:18,19).

Los profetas, con la valentía que les dio el Espíritu Santo, difundieron el mensaje. Sin embargo, el profeta Zacarías tuvo que dar este triste informe sobre la respuesta de la gente: “Pero no quisieron escuchar, sino que volvieron la espalda y se taparon los oídos para no oír; endurecieron su corazón como diamante, para no oír la Ley ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su espíritu, por medio de los primeros profetas. Por tanto, Jehová de los ejércitos se enojó mucho” (Zacarías 7:11,12). Ese trágico comentario también se aplica a muchos en nuestro mundo hoy en día.

El Espíritu Santo estaba en acción en los tiempos del Antiguo Testamento de una manera que es especialmente importante para nosotros. El Espíritu, quien llamó a los profetas y habló por medio de ellos, también hizo que esos profetas registraran sus palabras. Entonces el Espíritu Santo

preservó sus escritos y nos los pasó a nosotros en la Biblia. “Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20,21).

Hablaron de maravillas que vendrán

Bajo la guía del Espíritu Santo, los escritores del Antiguo Testamento contaron las cosas maravillosas que vendrían. Ellos escribieron sobre el Mesías que vendría, dando numerosos detalles que serían útiles para identificar al Cristo cuando viniera. A continuación hay algunos ejemplos de los salmos de David:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (22:1)

Todos los que me ven se burlan de mí; tuercen la boca y menean la cabeza, diciendo: “Se encomendó a Jehová, líbrelo él; sálvelo, puesto que en él se complacía”. (versículos 7,8)

¡Me has hundido en el polvo de la muerte! Como perros de presa, me han rodeado; me ha cercado una banda de malvados; me han traspasado las manos y los pies. (versículos 15,16)

Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes. (versículo 18)

Porque no dejarás mi alma en el seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. (16:10)

Los profetas dijeron que el Espíritu Santo tendría un papel activo en la obra del Salvador. Consideremos las palabras de Isaías: “Saldrá una vara del tronco de Isaí; un vástago retoñará de sus raíces y reposará sobre él el espíritu de Jehová: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Isaías 11:1,2).

Los profetas también predijeron que el Espíritu sería el dador de vida en las eras venideras, incluso la nuestra. Una vez más Isaías da un buen anticipo de lo que los profetas prometieron:

“Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, ríos sobre la tierra seca. Mi espíritu derramaré sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tus renuevos; y brotarán entre la hierba, como los sauces junto a las riberas de las aguas.” (44:3,4)

“Y este será mi pacto con ellos”, dice Jehová: “Mi espíritu que está sobre ti y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán jamás de tu boca ni de la boca de tus hijos ni de la boca de los hijos de tus hijos”. Jehová lo ha dicho, desde ahora y para siempre. (59:21)

Los creyentes del Antiguo Testamento esperaron generaciones mientras el Espíritu Santo laboriosamente llevaba a cabo el plan de Dios a lo largo de los siglos. Cuando vienen los problemas, cuando nuestra fe o fortaleza espiritual es menor de lo que nos gustaría que fuera, confiamos en la ayuda del Espíritu Santo. A través del profeta Joel, el Señor prometió: “Después de esto, derramaré mi Espíritu sobre todo ser humano” (Joel 2:28). Podemos tener confianza, por lo tanto, en que el Espíritu Santo viene y obra en nosotros. Él nos da su guía y fortaleza. En capítulos posteriores, aprenderemos más acerca de cómo el Espíritu Santo nos trae su ayuda con base en la Escritura.

El Espíritu Santo estuvo activamente involucrado en la historia del mundo durante los tiempos del Antiguo Testamento, empoderando a los líderes y obrando la fe en los corazones de todos los creyentes. Los numerosos pasajes bíblicos que hemos citado prueban ese hecho cuando mencionan al Espíritu Santo por su nombre. Los nombres hebreos para Dios también muestran que el Espíritu Santo

estaba involucrado en todo lo que Dios hizo. *Adonai*, que significa “Señor”, y *Elohim*, que quiere decir “Dios”, son formas plurales que usan un verbo en singular. Esta peculiaridad gramatical en el Antiguo Testamento ilustra el hecho de la Trinidad. En todas las oportunidades que Dios actuaba, el Espíritu Santo estaba involucrado.

El Antiguo Testamento da una mirada clara y bien documentada de la obra del Espíritu Santo. Es la obra que él continúa haciendo hoy en día. Incluso si solamente tuviéramos el Antiguo Testamento, se despertaría nuestro interés en el Espíritu Santo. Estaríamos emocionados por lo que él puede hacer y gozosos de tener sus bendiciones para nuestra vida.



4

Su obra en el Nuevo Testamento

El Espíritu Santo estuvo muy activo en los días del Antiguo Testamento, obrando en la vida del pueblo de Dios y dando claro testimonio del Salvador que vendría. Su presencia se volvería incluso más visible en el Nuevo Testamento cuando el Dios trino llevara a cabo el plan de salvación. Sin embargo, a lo largo de la era del Nuevo Testamento, el Espíritu Santo continuó con su método usual de operación. Su objetivo no era llamar la atención hacia él mismo, sino testificar sobre Jesús y dirigir hacia él la atención de la gente. Jesús nos dijo que esperaríamos eso del Espíritu: “Él me glorificará porque tomará de lo mío y os lo hará a saber” (Juan 16:14).

Su obra durante la vida de Jesús

El Espíritu Santo llevó a un cierre la profecía del Antiguo Testamento con la promesa de Malaquías de traer a otro gran profeta como Elías, quien iría a preparar el camino para el Salvador que vendría. Cuando fue el tiempo adecuado de acuerdo con el plan de Dios, el Espíritu Santo cumplió esa profecía y puso en movimiento la venida del Mesías.

Juan el Bautista fue ese profeta “con el espíritu y el poder de Elías” (Lucas 1:17). De la misma manera que el Espíritu Santo había guiado la vida y llenado los labios del primer Elías, igualmente el segundo Elías estaba “lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre” (versículo 15). El ministerio de Juan estaba respaldado por el poder del Espíritu y por eso él hizo “que muchos de los hijos de Israel se vuelvan al Señor su Dios. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías... para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (versículos 16,17).

El Espíritu llenó a los padres de Juan para que entendieran y profetizaran la importancia de su hijo y del hijo de María.

El Espíritu Santo llenó a Elisabet. “Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre, y Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó a gran voz [dirigiéndose a María]: ‘Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre’” (Lucas 1:41,42).

También “Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo y profetizó, diciendo: ‘Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David, su siervo’” (Lucas 1:67-69).

El Espíritu Santo tuvo un papel instrumental también en la concepción y nacimiento de Jesús. Dentro de los caminos misteriosos de Dios, el Espíritu Santo fue el instrumento de la Trinidad que daría lugar a la concepción del Hijo de Dios en la virgen María. El ángel le explicó a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su

sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Al desconcertado José le fue dada la misma explicación: “Lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:20,21).

El Espíritu Santo se aseguró de que fuera dado un claro testimonio del niño Jesús en el templo de Jerusalén. Simeón “esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes que viera al Ungido del Señor. Movido por el Espíritu, vino al templo” (Lucas 2:25-27). Allí el Espíritu señaló al bebé Jesús. Aparentemente el bebé era un niño ordinario de padres obviamente pobres, y sin embargo, Simeón vio en él la salvación del mundo. El Espíritu Santo llevó a Simeón a tomar al niño en sus brazos y a testificar valientemente con respecto a él: “Han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel” (versículos 30-32).

Cuando llegó el momento de que comenzara el ministerio público de Jesús, el Espíritu Santo estaba allí. De hecho, el Espíritu Santo dio el primer testimonio público de que Jesús era el Cristo. “Y Jesús, después que fue bautizado, subió enseguida del agua, y en ese momento los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él” (Mateo 3:16). Esa señal del Espíritu Santo era lo que Juan el Bautista necesitaba para hacer su identificación positiva: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y que permaneció sobre él. Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo’. Y yo lo he visto y testifico que este es el Hijo de Dios” (Juan 1:32-34). Hasta hoy en día,

la paloma representa al Espíritu Santo en la simbología de la iglesia.

Después del bautismo de Jesús, el Espíritu Santo llevó a Jesús al desierto para empezar en serio la batalla con Satanás. El Paracleto estaba del lado de Jesús para llenarlo con el poder necesario para la lucha. “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo” (Lucas 4:1,2). Jesús repelió las tentaciones de Satanás citando versículos del Antiguo Testamento, los cuales había inspirado el Espíritu Santo.

Jesús utilizó palabras que había dicho el Espíritu Santo por medio de los profetas para confirmar que él era el Salvador que había sido esperado largamente. En Nazaret, Jesús citó las palabras inspiradas por el Espíritu de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres” (Lucas 4:18). Entonces Jesús aplicó esas palabras a él mismo, argumentando que él era el cumplimiento de la Escritura.

Jesús reconocía que el Espíritu Santo estaba actuando en sus milagros y a través de ellos estaba mostrando que las reclamaciones mesiánicas de Jesús eran verdad. “Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mateo 12:28). Pedro recordó “cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos 10:38).

Cuando llegó el momento decisivo el Viernes Santo y el destino eterno del mundo estaba en juego, el Espíritu Santo también estuvo ahí. Jesús “mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14).

Luego en la Pascua, el Espíritu Santo estuvo ahí para la resurrección de nuestro Salvador triunfante. Primera de Pedro

3:18 afirma: “Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu”. La presencia del Espíritu en nosotros significa que nosotros también compartiremos la victoria de la resurrección. “Asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia, pues no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Pero el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado el Espíritu como garantía” (2 Corintios 5:4,5).

Jesús prometió enviar al Espíritu Santo a los discípulos para prepararlos para llevar las buenas noticias al mundo. Incluso después de tres años de cuidadosa enseñanza por parte de Jesús, incluso después de una docena de apariciones del Señor resucitado, a los discípulos les hacía falta entendimiento y valor. ¡Pero eso cambiaría! “Vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo”, prometió Jesús en su ascensión (Hechos 1:5). “Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (versículo 8). Más aun, el Espíritu Santo convertiría a los discípulos de Jesús en voceros con autoridad para proclamar la ley y el evangelio en su nombre: “[Jesús] sopló y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos’” (Juan 20:22,23).

Su obra en la iglesia cristiana primitiva

El libro de Hechos a veces es llamado el libro del Espíritu Santo. Comienza con la promesa de Jesús a sus discípulos del bautismo con el Espíritu Santo. En el segundo capítulo él cumple esa promesa. El resto del libro de Hechos habla de cómo el Espíritu Santo dirigió a los creyentes y bendijo sus

esfuerzos, para que las buenas nuevas fueran predicadas y la iglesia creciera.

En la batalla naval de Salamina, el comandante griego Temístocles permaneció en la orilla hasta las nueve de la mañana. Su demora causó gran impaciencia entre sus hombres y algunos lo acusaron de cobardía e incluso de traición. Pero el experimentado navegante sabía que a las nueve en punto la brisa de la tierra se levantaría y llenaría las velas de las naves. El viento llevaría a los barcos hacia la flota persa, y los remeros serían liberados para convertirse en guerreros. La estrategia funcionó; la flota persa fue derrotada. De una manera similar, los seguidores de Jesús deben confiar en el Espíritu Santo y no tratar de lograr cosas por su propia fortaleza. “Esperad la promesa del Padre, la cual oísteis de mí”, dijo el Señor Jesús antes de su ascensión (Hechos 1:4). Los discípulos no tuvieron que esperar mucho tiempo. El Pentecostés ocurrió solamente diez días después de que Jesús ascendió.

Los eventos del Pentecostés son bien conocidos para los cristianos. Hasta entonces, los discípulos habían estado limitados en su entendimiento, débiles en su fe, y tímidos en su testimonio. Entonces, cuando estaban reunidos en un lugar en Jerusalén, hubo un ruido como el soplo de un viento violento. Cuando miraron a su alrededor, vieron lenguas de fuego que se separaban y venían a posarse encima de cada uno de ellos. Lo verdaderamente maravilloso es lo que tuvo lugar dentro de cada creyente. “Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran” (Hechos 2:4). El cambio más asombroso se hizo evidente cuando Pedro se paró y predicó a la multitud. Se habían ido su cobardía y su entendimiento confuso del mensaje de Jesús. Con valentía, Pedro y los otros proclamaron la verdad: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra

de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (versículos 32,33).

La fe, el entendimiento, y el valor, que mostraron los apóstoles en Pentecostés, continuaron a lo largo del libro de Hechos. Cuando Pedro y Juan, fueron llamados ante las autoridades judías, “entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo... ‘Sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano... Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:8,10,12). Ese testimonio poderoso no estaba limitado tampoco a unos pocos escogidos. Más bien, el Espíritu Santo otorgó poder a todos los creyentes: “Todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con valentía la palabra de Dios” (versículo 31).

Otro cambio después del Pentecostés fue el alcance de la obra del Espíritu Santo. Él comenzó a convertir a los gentiles en grandes números. Piense en Cornelio (Hechos 10), y también el trabajo misionero de Pablo. Esto es cumplimiento de la profecía de Joel, que dijo que en los últimos días Dios derramaría su Espíritu “sobre toda carne” (Joel 2:28; Hechos 2:17). Esto contrasta con lo que sucedió en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando la obra salvadora del Espíritu Santo estuvo limitada en gran parte a una sola nación: Israel.

Cuando la iglesia primitiva creció, hubo necesidad de distintos tipos de servicio. El Espíritu Santo hizo lo necesario para que hubiera trabajadores espirituales calificados. La Biblia describe así las características de los primeros diáconos: “Siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo” (Hechos 6:3). Uno de los primeros siete diáconos

pronto fue llamado a un servicio aun más importante. Esteban, enfrentando el martirio, señaló el meollo del problema a los enemigos del evangelio: “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (7:51). Esteban pagaría por este testimonio con su vida. Pero el Espíritu Santo estuvo con él incluso entonces: “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (versículo 55). Esteban murió con una fe proporcionada por el Espíritu y con una oración: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (versículo 59).

Ananías y Safira, dieron evidencia de una verdad importante: no se puede engañar al Espíritu Santo. Ellos habían acordado probar al Espíritu del Señor (Hechos 5:3), y experimentaron la verdad del pronunciamiento de la ley: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gálatas 6:7). Su intento de engaño llevó al juicio de Dios: ambos cayeron muertos.

En varias ocasiones en Hechos, el Espíritu Santo mostró su presencia y aprobación por medio de señales visibles y especiales. Por ejemplo en Éfeso hubo cerca de doce hombres que fueron llevados a la fe por medio de la predicación de Juan el Bautista. Aparentemente, habían recibido solamente un mínimo de instrucción. Tal vez habían escuchado la predicación de Juan mientras habían estado de visita en Israel y luego habían vuelto a Éfeso que era su lugar de origen antes de tener la oportunidad de estudiar en detalle. Cualquiera que fuera la razón, ellos admitieron ante Pablo: “Ni siquiera habíamos oído que hubiera Espíritu Santo” (Hechos 19:2). Pablo, por lo tanto, les enseñó que la predicación de Juan se cumplió en Jesús. La Biblia registra que el Espíritu Santo mostró su aprobación y apoyó la verdad que Pablo había

acabado de compartir. “Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaba” (versículos 5,6).

Miraremos más de cerca estas manifestaciones especiales del Espíritu cuando hablemos acerca de los dones espirituales en el capítulo 8. En este punto es suficiente decir que esta espectacular profusión de dones no estaba compuesta por dones ordinarios ni cotidianos que todos experimentaran. Más bien, eran bastante raros y siempre fueron otorgados para un propósito especial. Bien fuera que la venida del Espíritu Santo sobre el pueblo estuviera marcada por señales milagrosas o no, la obra del Espíritu siempre era para glorificar a Jesús como el Señor y Salvador crucificado y resucitado. Claramente vemos esto en el ministerio de Pablo, el fiero perseguidor de los creyentes quien fue convertido en el más grande misionero cristiano.

En la confesión de Pablo, el Espíritu Santo obró a través del Ananías dudoso y temeroso de Dios. Ananías fue enviado al ciego perseguidor Pablo (entonces llamado Saulo) con las palabras: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo” (Hechos 9:17). La Biblia registra los resultados de la predicación de Ananías: “Al instante cayeron de sus ojos como escamas y recobró la vista. Se levantó y fue bautizado” (versículo 18). En los años que siguieron a la conversión de Pablo, el Espíritu Santo lo entrenó para el apostolado.

Cuando fue tiempo de que Pablo comenzara sus viajes misioneros, el Espíritu Santo usó a los creyentes de Antioquía para poner las cosas en acción. “Ministrando estos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: ‘Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado’. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron”

(Hechos 13:2,3). El Espíritu Santo guió y bendijo los viajes misioneros de Pablo, llevándolo implacablemente al occidente hasta que al final del libro de Hechos la iglesia fue establecida incluso en la lejana Roma, la capital del imperio y la ciudad más importante del mundo en ese tiempo.

Dondequiera que él sembró la iglesia, el Espíritu Santo proveyó evangelistas, ancianos, pastores, maestros, y todo tipo de trabajadores necesarios. Aunque la selección a menudo era hecha por elección de la congregación o por nombramiento de Pablo o de otro líder, el Espíritu Santo era la verdadera fuente de cada llamamiento. Pablo recordó a los ancianos efesios sobre ese hecho mientras les daba su despedida final: “Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos” (Hechos 20:28).

El Espíritu Santo continúa su obra hoy en día. Él preserva y extiende la iglesia. Él hizo que las Escrituras del Nuevo Testamento fueran escritas y conservadas para que nosotros podamos sentarnos a los pies de Jesús y aprender de los inspirados apóstoles. Por medio de la predicación y a través del Bautismo, el Espíritu Santo continúa llevando a la gente a la fe. Él continúa suministrando a su iglesia los trabajadores y las habilidades necesarias.

Esto sigue siendo nuestra motivación y confianza hoy en día. El Espíritu Santo no abandonará a la iglesia en nuestra época. Incluso cuando las adversidades parezcan amontonarse contra los cristianos, incluso cuando nuestros esfuerzos parezcan fútiles, el Espíritu Santo continuará extendiendo el reino de Dios. El Espíritu se asegurará de que el evangelio sea predicado a lo largo del mundo y de que muchos sean llamados a la fe. Algo aun más maravilloso: él lo utilizará a usted y me utilizará a mí, con nuestras limitaciones pecaminosas, para ser testigos y edificar el reino.



5

Su obra principal

La obra del Espíritu Santo tiene un objetivo: nuestra salvación. A pesar del amor maravilloso del Padre, a pesar de la misericordiosa expiación del Hijo, no habría salvación si no fuera por la obra salvadora del Espíritu dentro de nosotros. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9). El Espíritu crea fe en el Salvador, Jesucristo. A través de esa fe, él nos rescata del pecado y de su castigo y nos hace hijos de Dios por toda la eternidad. El nombre formal para la obra del Espíritu Santo es santificación, es decir, hacer santos. En otras palabras, el Espíritu llama a los pecadores a alejarse de su incredulidad y los hace personas santas, cuyos pecados son lavados, y que son ahora el pueblo de Dios por medio de la fe en Cristo.¹¹ La santificación es la obra principal del Espíritu Santo. Él hace eso por medio de otra obra: la conversión. En este capítulo veremos lo que enseña la Biblia sobre la obra del Espíritu que se llama la conversión. Pero

primero miraremos cómo el Espíritu prepara los corazones de la gente para la conversión.

La contrición, su “extraña” obra

Imagínese un título en la primera página del periódico de esta mañana que dice: “¡Se encuentra milagrosa cura para la lepra!” ¿Cómo reaccionaría usted? Lo más seguro es que usted pasaría por encima del artículo, con un pensamiento momentáneo como: “Qué bueno para los leprosos”. Como usted no padece de lepra ni conoce a nadie que la padezca, usted tendría poco interés en el artículo y probablemente ni siquiera lo leería.

Ahora imagínese que usted es uno de los 275 pacientes del Hospital federal de Carville, Louisiana, el único hospital de leprosos de los Estados Unidos continental. ¿Cuál sería su reacción ante ese titular? Usted leería cada palabra del artículo. Luego, se apuraría a subir y bajar por los corredores y escaleras del hospital para compartir las buenas nuevas. ¡Usted querría la cura para usted mismo! ¡La querría para sus amigos!

El Espíritu Santo nos hace darnos cuenta de que somos esos leprosos con una necesidad grave. Nuestra lepra se llama pecado. El conocimiento producido por el Espíritu de nuestro pecado se llama contrición. El Espíritu nos hace conscientes de nuestro pecado y de nuestra necesidad porque él quiere compartir la cura milagrosa con nosotros.

Jesús dijo: “Y cuando [el Consolador] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). Isaías llama esa obra de condenar al mundo de pecado y traer las consecuencias del pecado la “extraña obra” del Señor y su “extraño trabajo” (Isaías 28:21). Las confesiones luteranas explican: “Por lo tanto, el Espíritu de Cristo no sólo debe consolar, sino también, mediante el ministerio de la ley, convencer al mundo de pecado, y así como dice el profeta:

‘Hacer... su extraña obra’ (la obra de convencer), para que después haga su propia obra, que es la de consolar y predicar la gracia de Dios”.¹² Antes de que el Espíritu Santo pueda hacer que estemos contentos con respecto a nuestro Salvador, él debe entristecernos por nuestro pecado.

Antes de que el Espíritu Santo empiece la labor de santificar a los pecadores, él debe llevarlos a darse cuenta de su necesidad. Para hacer esto, él debe perturbar a los cómodos, es decir, hacer que los pecadores satisfechos con ellos mismos entiendan el gran tamaño de su pecado y el castigo que éste merece. Jesús dijo: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos... porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Mateo 9:12,13). Las personas enfermas acuden a los doctores. Las personas que se sienten saludables no irían a un doctor y si fueran, probablemente no seguirían su consejo.

La pecaminosa voluntad humana está contra Dios. Los pecadores no quieren lo que Dios quiere. Ni quieren que Dios sea la clase de Dios que es. Esto se vuelve obvio cuando alguien dice que el buen Dios nunca enviaría a nadie a la condenación eterna. Thomas Jefferson dijo que el Dios que castiga a la gente en el infierno es un monstruo. Un teólogo liberal llamó a Dios un “abusador tramposo”.¹³ Esos sentimientos ilustran cómo la mente natural trata de minimizar la gravedad del pecado. Y cuando se señala que Dios aborrece el pecado y que castigará al pecador en el infierno, la mente pecaminosa concluye que Dios tiene un problema, no los humanos.

La contrición es una pena profunda y sincera por el pecado y una desesperanza (abandonar toda esperanza) de salvarse por uno mismo. La contrición puede ser definida como ser aplastados por nuestros pecados o estar apenados por nuestros pecados. La Confesión de Augsburgo define la contrición como “dolor o terror a causa del pecado”.¹⁴

El Espíritu Santo produce contrición en nosotros. No es algo que podamos hacer por nosotros mismos. Su herramienta para obrar la contrición es la ley: “Por medio de la Ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). “Yo no conocí el pecado sino por la Ley” (7:7). La ley de Dios sirve como un espejo. Por medio de ella, el Espíritu Santo hace que veamos cómo lucimos realmente ante Dios. En la labor de hacernos conscientes de nuestra condición pecaminosa, el Espíritu Santo tiene un aliado poderoso: nuestra conciencia.

La contrición es un cambio de mentalidad producido por el Espíritu con respecto al pecado. Nuestro viejo ser pecaminoso considera al pecado como una fuente de felicidad o ganancia. Por ejemplo Eva comió del fruto prohibido porque ella concluyó “que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos, y deseable para alcanzar la sabiduría” (Génesis 3:6). El Espíritu Santo comienza por hacer que los pecadores vean el pecado como una fuente de infelicidad y pérdida eterna. Él enseña a los pecadores a ver el pecado como una ofensa contra Dios, el todopoderoso Creador que tiene todo el derecho de llamar a cuentas a sus criaturas en el día del juicio.

El Espíritu nos lleva a entender que no podemos eludir la ley de Dios ni escapar del juicio de Dios. Al impactar nuestros corazones, la ley nos lleva a la desesperanza. No tenemos ningún valor, estamos perdidos, y somos impotentes para hacer algo al respecto.

Cuando las personas han perdido toda la esperanza de salvarse a ellas mismas, ellos se encuentran en una encrucijada en el camino espiritual: “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Corintios 7:10). Si los pecadores contritos no aprenden nada más que la ley, su tristeza del mundo los llevará a enredarse en la desesperanza y a perderse en la muerte. De hecho, los pecadores aterrorizados odian a Dios

aun más porque saben que no hay forma de que ellos puedan lograr lo que Dios exige. Ellos están aterrorizados de Dios y huyen de él como lo hicieron Adán y Eva en el huerto de Edén. La contrición es un fruto de la predicación de la ley, la cual por ella misma no puede salvar ni siquiera a un pecador. “Por las obras de la Ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16). Por otra parte, si los pecadores contritos que luego reconocen su necesidad de un médico son llevados al Gran Médico, su tristeza puede ser la puerta a la salvación. La contrición, por lo tanto, es “la preparación indispensable para la conversión”.¹⁵

A menudo se comete un grave error con respecto a la contrición. La gente dice: “Dios nos perdonará si nos arrepentimos de nuestros pecados”. Observe el diabólico “si” condicional. De hecho, ¿estamos suficientemente arrepentidos? Ciertamente, incluso los cristianos más devotos encuentran en los rincones de sus corazones excusas y racionalizaciones para justificar muchos de sus pecados. Ciertamente, incluso los creyentes más temerosos de Dios encuentran una punzada de orgullo que dice: “Yo soy mejor que muchos y merezco alguna consideración de Dios”. Dios no nos perdona por el hecho de que estemos arrepentidos. La contrición no es un acto meritorio que nos haga ganar el perdón o que persuada a Dios de perdonarnos. El perdón viene de Dios porque él es misericordioso, por causa de lo que Jesús ha hecho; no depende de si nosotros logramos una calificación pasante en contrición.

¿Está fuera de uso la doctrina bíblica de la contrición, en este mundo de pensamiento positivista, en el que los seres humanos tienen una imagen propia demasiado favorable? Algunos argumentarían que es malo predicar sobre el pecado y destructivo para el autoestima hablar de la total falta de valor de las personas ante los ojos de Dios. Sin duda, si uno solamente está preocupado por edificar a las personas ante sus

propios ojos y únicamente para este mundo, esta afirmación puede ser un argumento convincente. Pero recuerde que la Palabra de Dios advierte que el día del juicio vendrá y a partir de entonces, la eternidad. Las personas deben ser puestas cara a cara con su necesidad eterna, para que el Espíritu pueda llevarlas al remedio misericordioso de Dios. Además, el valor es determinado por lo que alguien esté dispuesto a pagar. Los creyentes somos preciosos porque Jesús por nosotros pagó su sangre preciosa y santa.

Antes de que dejemos el tema de la contrición, debemos observar que la necesidad del cristiano por la contrición nunca termina de este lado del cielo. En el Catecismo Menor, Martín Lutero dijo que “el viejo Adán en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y que debe morir con todos sus pecados y malos deseos”. Lea Romanos 7:14-25 para un buen ejemplo de la frustración que sienten los cristianos en su batalla diaria con el pecado. Esa lectura también ilustra los sentimientos de un corazón contrito cuando se aproxima al trono de Dios.

La conversión, su obra salvadora

Una vez el Espíritu Santo ha perturbado con la ley al pecador cómodo y satisfecho de él mismo, puede pasar a lo que siempre quería hacer. Él puede consolar a los atribulados con el evangelio.

Cuando una persona muere, se dice que la persona expiró; literalmente, que espiró o expelió su última respiración. Espirar puede significar la muerte. Al revés de esa imagen, inspirar trae la vida, es decir, la inspiración del soplo santo de Dios. Jesús lo expresó de esta forma: “El espíritu es el que da vida” (Juan 6:63). Al entrar a nuestros corazones el Espíritu Santo hace que nazcamos de nuevo como hijos de Dios. El dar vida espiritual a personas que estaban muertas espiritualmente, se llama conversión, la cual sucede en el

instante que somos llevados a la fe en el Salvador, Jesucristo.

La conversión no se da por pasos o grados, sino de manera instantánea. Por naturaleza estamos muertos espiritualmente, sin vida en absoluto. Por lo tanto la primera chispa de fe en el corazón del pecador, o el primer anhelo después de la gracia de Dios en Cristo, constituye la conversión. Puesto de manera simple, una persona tiene fe o no la tiene; no hay un nivel intermedio.

En la conversión el Espíritu Santo toma a un enemigo de Dios ciego y muerto, y lo llama por el evangelio. El evangelio son las buenas nuevas de que Jesucristo ha hecho todo lo necesario por la salvación de los pecadores. El evangelio anuncia que Jesús, como verdadero Dios y verdadero hombre, guardó la ley de Dios perfectamente en nuestro lugar. Jesús sufrió el castigo que nosotros merecíamos por nuestros pecados cuando murió inocentemente en la cruz. Entonces Jesús resucitó de entre los muertos para darnos a nosotros, y a todos los pecadores, la seguridad de que somos perdonados. Somos declarados inocentes. Dios ya no tiene que castigarnos.

Para traer este evangelio hasta nosotros, el Espíritu Santo usa la Palabra de Dios y los sacramentos del Bautismo y la Santa Cena. Estos son los medios de gracia, es decir, las herramientas que usa el Espíritu Santo. No debemos esperar que el Espíritu Santo caiga sobre nosotros de la nada. Pero sí podemos esperar que él venga a nosotros solamente a través de estos medios.

El Espíritu Santo siembra la fe salvadora en nuestros corazones a través de los medios de gracia. Él nos hace creyentes en el mensaje de que tenemos el perdón de los pecados a través de Jesús. Por eso es que el Credo Apostólico habla del perdón de los pecados en el Tercer Artículo en relación con el Espíritu Santo. Dado que Jesús ha adquirido el perdón de los pecados como nuestro Salvador, ciertamente se puede hablar del perdón de los pecados en el Segundo

Artículo del Credo Apostólico. Sin embargo, si nosotros no somos llevados a la fe por el Espíritu Santo, no recibiremos personalmente la bendición del perdón. Cuando el Espíritu Santo nos lleva a la fe, él hace del perdón nuestra posesión personal.

La fe salvadora involucra varios componentes. Primero está el conocimiento. No se puede ser creyente en lo que no se conoce. Por consecuencia, la fe sin conocimiento es imposible. El segundo componente es la aprobación o la aceptación como verdad. No se puede ser creyente en algo que se ve como falso o de poca confianza. El tercer componente es la confianza. La gente debe poner su confianza en aquellos hechos que considera verdad y confiar en ellos para ayuda.

En 1859 Charles Blondin se hizo un nombre caminando por las cataratas del Niágara sobre una cuerda floja de 300 metros, suspendida 50 metros por encima de las cataratas. Para que usted siguiera sus pasos y tratara de atravesar las cataratas caminando, requeriría de fe. No sería suficiente saber que Blondin había cruzado por ahí antes. Tampoco sería suficiente aceptar intelectualmente que él pudo hacerlo esa vez. Para sacarle provecho a la experiencia de Blondin, usted tendría que poner su vida en sus manos y dejar que él lo ayudara a cruzar. De una manera parecida, el Espíritu Santo lleva nuestros corazones a confiar solamente en Jesús para la salvación. Esa es la obra principal del Espíritu.

Poner la fe de uno en el objeto correcto, es lo más importante. Yo puedo creer con todo mi corazón que los pañuelitos Kleenex me curarían de la gripa, y puedo utilizar toda la caja. Sin embargo, eso no curará mi catarro porque los pañuelitos Kleenex no tienen poderes curativos. Yo puedo creer en la marca Kleenex todo lo que quiera, pero esa fe no me ayudará. De hecho, la fe en el objeto equivocado puede hacerme daño. Puedo levantarme en medio de la noche con un dolor de cabeza y tragar unas pequeñas pastillas blancas que

yo creo firmemente que son aspirinas. Sin embargo, si por error tomara veneno para cucarachas, podría terminar muerto. En ese caso, se podría escribir en mi lápida: “Él murió en fe”. Incluso en cosas seculares lo que importa no es la fe, sino el objeto en el cual pongamos nuestra fe. La fe salvadora yace en Jesucristo y confía en él para rescate.

La Biblia nos dice que sólo el Espíritu Santo puede obrar fe salvadora. “Por tanto, os hago saber que... nadie puede exclamar: ‘¡Jesús es el Señor!’, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Esta verdad es capturada por Martín Lutero en su explicación del Tercer Artículo del Credo Apostólico: “Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, y allegarme a él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe”.

La contrición, como ya dijimos, es un cambio de pensamiento con respecto al pecado. La fe, y por lo tanto la conversión, es un cambio de pensamiento con respecto a la salvación. Podemos bosquejarlo de la siguiente manera:

- Dios quiere que el hombre sea salvo por gracia.→
 ← El hombre no converso quiere ser salvo por obras.
 El hombre converso quiere ser salvo por gracia.→

Una persona que pensó que podía llegar al cielo por ser buena, se da cuenta de que puede ser salva solamente por lo que Cristo ha hecho por él. La cruz de Cristo, que había parecido una tontería, ahora tiene todo el maravilloso sentido.

Palabras usadas para la conversión

La imagen que evoca la palabra conversión es la de una persona que ha sido vuelta de su camino equivocado. Esa persona estaba confiando en ella misma e iba directamente por el camino al infierno hasta que fue convertida. Entonces

dio la vuelta 180 grados, en sus pensamientos y dirección. Al confiar solamente en Jesús, va por el camino al cielo.

La Biblia usa otras palabras visuales descriptivas para conversión:

- *Renacimiento, regeneración o nacer de nuevo*: “Le respondió Jesús: ‘De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios’” (Juan 3:3). Nosotros nacimos por primera vez como hijos pecadores de padres pecadores. Debemos nacer una segunda vez como hijos de Dios.
- *Avivamiento o resurrección*: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (Efesios 2:4,5). Llegar a la fe es una resurrección de la muerte espiritual a la vida espiritual.
- *Iluminación, o prender la luz*: Dios “os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Nosotros estábamos andando a tientas en la oscuridad, ciegos, e incapaces de ver el camino hacia Dios, hasta que el Espíritu Santo entró en nuestros corazones y prendió la luz para que pudiéramos ver el camino al cielo.

La conversión, la regeneración, el avivamiento, la iluminación, y los otros términos mencionados en este párrafo son sinónimos. Estos no deben ser vistos como etapas sucesivas o pasos en el camino para ser convertido en un completo hijo de Dios. Más bien, denotan el momento en que el Espíritu lleva a un incrédulo a la fe.

La palabra *arrepentimiento* está íntimamente relacionada con la conversión. La Biblia usa la palabra arrepentimiento en dos sentidos. En su sentido más estricto, el arrepentimiento se refiere a la pena por el pecado y a desistir del pecado. En este uso es muy similar en significado a contrición. En Lucas 24:46,47, por ejemplo, Jesús distingue entre la predicación del

arrepentimiento y la predicación de la remisión de los pecados: “Fue necesario... que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados, en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén”. En su sentido más amplio el arrepentimiento incluye acudir a Jesús en fe por su perdón, como fue ilustrado en el versículo. “Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:5). En el caso de alguien que previamente era un incrédulo, este arrepentimiento es la conversión. La vida que cambia y las buenas obras que siguen a la conversión, se conocen como los “frutos del arrepentimiento”. Sin embargo, el arrepentimiento no está limitado a los creyentes de primera vez. A través de toda su vida, los cristianos se arrepienten diariamente por sus pecados, confían en el perdón de Jesús, y buscan enmendar su vida pecaminosa.

La conversión: la obra exclusiva del Espíritu

La conversión es la obra solamente del Espíritu Santo; no es un esfuerzo cooperativo ni de equipo que involucre la voluntad humana. La Fórmula de Concordia afirma esa verdad: “Pues la conversión de nuestra voluntad corrupta, que no es sino la resurrección de su muerte espiritual, es única y exclusivamente la obra de Dios, así como la resurrección de la carne en el postrer día hay que atribuirle sólo a Dios”.¹⁶ La conversión, o la creación de fe, es un hecho de gracia divina.

Porque Dios... es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. (2 Corintios 4:6)

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:8,9)

Los falsos maestros y los cristianos equivocados, han tratado de darles algún crédito a los humanos por la conversión. Algunos han enseñado que los humanos son la causa de su salvación, argumentando que ellos pueden guardar los mandamientos de Dios con el uso correcto de sus poderes espirituales.¹⁷ Otros han enseñado que los humanos tienen poderes espirituales imperfectos pero que, con la ayuda de Dios, los humanos pueden guardar los mandamientos y alcanzar la salvación.¹⁸ Sin embargo, otros dicen que queda una chispa de poder espiritual en las personas, de tal manera que pueden aceptar la gracia de perdón de Dios cuando les es dada.¹⁹

En oposición a todas estas enseñanzas falsas, la Biblia claramente enseña que Dios convierte al pecador, mientras éste tiene un papel puramente pasivo. En la conversión, los humanos son como ladrillos o piedras. De hecho, son peores que ladrillos o piedras; ellos son enemigos de Dios por naturaleza. Por lo tanto, ellos se resisten activamente a la operación del Espíritu hasta que son convertidos. Considere la Fórmula de Concordia una vez más: “El hombre por sí mismo, o por su propio poder natural, no puede hacer nada ni ayudar nada en su conversión”.²⁰ Que la gente reclame responsabilidad de cualquier forma por su conversión niega la doctrina central del cristianismo de que somos salvados solamente por gracia.

Vemos algunos de los mismos errores en la iglesia moderna. Aquellos que hablan de “tomar una decisión por Cristo” y que enfatizan la importancia de una “experiencia de conversión”, comúnmente ponen el énfasis en lo que el pecador hace en vez de ponerlo en lo que hace el Espíritu. Podemos ver el mismo peligro también en la expresión: “Lo único que usted tiene que hacer es aceptar a Cristo”.

Reconocer que la fe es enteramente la obra del Espíritu Santo, aclarará preguntas que algunos tienen sobre el

bautismo de niños. Cuando nos damos cuenta de que la intervención divina es necesaria para que cualquiera llegue a la fe, entonces ciertamente el Dios todopoderoso puede obrar también en los más jóvenes. Él puede mantener su promesa: “El bautismo... ahora nos salva” (1 Pedro 3:21). “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5).

¿Por qué algunos son salvos y no otros? Esta es una de las preguntas más difíciles que podrán considerar los cristianos y la cual no podemos responder para la satisfacción de nuestra razón humana. La Escritura afirma que Dios es la única causa de la conversión y la salvación de una persona. Por otra parte, claramente enseña que el incrédulo es la única causa de su propia condenación.

Jesús enseñó esta verdad cuando se lamentó sobre Jerusalén: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37). Esteban señaló el mismo punto a los líderes judíos incrédulos: “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51).

Los pecadores pueden rechazar la obra del Espíritu; el Espíritu no se nos impone. Por lo tanto, aunque no podemos salvarnos a nosotros mismos, sí podemos condenarnos a nosotros mismos. Una ilustración puede ayudarnos a entender esta verdad. Las personas pueden destruir sus vidas por medio del suicidio, pero son incapaces de restaurar las vidas que han destruido.

La Biblia no explica por qué, con respecto a dos pecadores similares (como David y Saúl, o Pedro y Judas), uno es salvado y el otro no, y no nos atrevemos a ir más allá de lo que Dios nos ha dicho. La Fórmula de Concordia describe la

actitud agradable a Dios para tener en cuanto a esto: “Ya que Dios ha reservado este misterio para su sabiduría y no nos ha revelado nada sobre él en su palabra, y mucho menos nos ha mandado investigarlo con nuestro pensamiento... no debemos razonar en nuestro pensamiento, ni sacar conclusiones arbitrarias, ni inquirir con curiosidad sobre estos asuntos, sino adherirnos a su palabra, a la cual nos dirige él”.²¹

Entonces, aunque Dios desea la salvación de todos y llama a la fe, algunos rechazan el rescate de Jesús y se pierden debido a su incredulidad. El mensaje es claro: ¡Sólo a Dios sea la gloria! ¡Agradézcale y alábelo por la fe que él le ha dado!



6

Buenas obras de la nueva naturaleza

El Espíritu Santo no detiene su obra una vez que nos ha llamado a la vida a través de la conversión. Más bien, continúa obrando en nosotros para producir los frutos de la fe. De la misma manera que una vela envía luz desde el momento que empieza a quemarse hasta que se extingue, igualmente la vivencia cristiana empieza en el mismo momento en que la fe es encendida en el corazón, y continúa por el tiempo que arda la luz de la fe. La verdadera fe en el corazón tendrá un efecto sobre la vida de una persona, porque la fe siempre se ve.

En el capítulo anterior vimos que el término *santificación* puede describir todo el alcance de la obra del Espíritu Santo de hacer santos, comenzando con el llamado a la fe. La *santificación* también se usa en un sentido más restringido que se refiere a la obra del Espíritu Santo en el corazón y en la

vida de una persona, que ya es cristiana. Se refiere a los esfuerzos del Espíritu para llevar al cristiano a la vida de buenas obras. El servicio a Dios y la obediencia a sus mandamientos, son los resultados inevitables de la conversión. Lutero habla hermosamente del poder en nosotros a través de la fe:

¡Oh! La fe es una cosa tan viva, fecunda, activa, y poderosa, que le es imposible no hacer continuamente lo bueno. Ni tampoco pregunta si se deben hacer buenas obras, sino que antes de hacer la pregunta, ya ha hecho las buenas obras y está siempre ocupada en hacerlas.²²

Santos = nuevas criaturas

Santo es el nombre bíblico para un creyente en Jesucristo. *Santo* significa “una persona santificada, una persona que ha sido hecha santa y separada para el servicio sagrado”.

Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. (Hebreos 13:12)

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas. (2 Corintios 5:17)

El Espíritu Santo obra en los santos con el objetivo de llevar a cada uno a tener una vida cada vez más piadosa. Paso a paso el Espíritu renueva a cada santo a la imagen de Cristo.

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4:22-24).

La nueva naturaleza que tenemos a través de la fe se hace conocer por medio de la vida de buenas obras. Los humanos no pueden decidir qué obras son agradables a Dios. Solamente

Dios puede hacer eso. En su Palabra Dios dice que son necesarias dos cosas para que una obra califique como buena ante sus ojos.

Primero que todo, una buena obra debe estar de acuerdo con la ley de Dios. La persona piadosa es descrita como aquella que “en la ley de Jehová está su delicia y en su Ley medita de día y de noche” (Salmo 1:2). La Fórmula de Concordia enfatiza la necesidad de enseñar la ley de Dios: “Esta doctrina acerca de la ley también es necesaria para los creyentes a fin de que no dependan de su propia santidad y devoción y so pretexto del Espíritu Santo establezcan cierta forma de culto divino, independiente de la palabra y el mandato de Dios”.²³

La segunda marca que identifica una buena obra es que procede de la motivación correcta. “Sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Dos personas pueden hacer exactamente la misma obra externamente. Si una la hace por miedo de un castigo o con la esperanza de una recompensa, y la otra la hace por amor a Dios y en gratitud por las misericordias de Dios, solamente la segunda es una buena obra a los ojos de Dios. Una buena obra es un feliz “gracias” a Dios. Por lo tanto, solamente un cristiano puede hacer una verdadera buena obra.

Cada uno de nosotros tiene por dentro un fariseo con pretensiones de superioridad moral, que siente que las buenas obras son logros nuestros y que deben tener mérito ante los ojos de Dios. Sin embargo, ese enfoque de pago por servicios prestados muestra un orgullo pecaminoso, y una ignorancia total del hecho que no podemos lograr la perfección, la norma de Dios. El poder para hacer una verdadera buena obra, una obra que nazca de la motivación correcta, y que esté de acuerdo con la voluntad revelada de Dios, no puede venir de dentro de seres pecaminosos. Ese poder debe venir del Espíritu Santo, que mora en el corazón y que lo hace su

templo. La Biblia nos dice simplemente: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

En contraste con el odio natural del incrédulo por lo que Dios quiere, el santo accede a la voluntad de Dios e incluso encuentra gozo en ella: “Pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22). Aun más asombroso, la nueva criatura en la que nos convertimos a través de la fe vive de acuerdo con la voluntad de Dios:

Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Romanos 6:2, 4, 6, 11)

Cuando confesamos nuestros pecados en la iglesia cada domingo, estamos tirando una bolsa de basura llena de pecados y defectos sobre el altar. Jesús se ocupa de nuestra basura moral por nosotros, lavando nuestros pecados y ahogándolos en las profundidades del mar. No obstante, Jesús hace más que deshacerse de nuestra basura asquerosa. Él fue justo por nosotros, y él acredita su justicia a nosotros. ¡Nosotros salimos de la iglesia como hijos justos de Dios! Nuestro propósito en la vida ya no es llenar otra vez nuestra bolsa de basura para tener algo para tirar sobre el altar el domingo siguiente. Nosotros salimos vestidos en Cristo, no para encontrar el charco de barro más cercano nuevamente, sino para glorificar y servir a Dios. En el domingo de confirmación tenemos la costumbre de vestir a nuestros jóvenes con mantos blancos, para distinguir quiénes son. Los

vestidos blancos señalan: “¡Tú eres un hijo justo de Dios!” Todos los creyentes en Jesucristo son hijos de Dios, lavados y empoderados por Dios para servirle.

Nosotros le servimos a Dios siéndole fieles en cualquier estación de la vida que él nos haya asignado. Un esposo sirve a Dios siendo la cabeza amorosa de la familia, dispuesto a sacrificar todo por su familia. Una madre glorifica a Dios preparando comidas, lavando la ropa, y despidiendo con un beso el dolor de los hijos que Dios le ha confiado. Un hijo le sirve a Dios respetando y obedeciendo a los padres que Dios le ha dado, al igual que tendiendo su cama y limpiando la mesa después de las comidas. El dueño de una propiedad le sirve a Dios cuando, por gratitud por lo que Dios le ha dado, él cuida de su propiedad, cuando corta el césped, lava su carro, y pinta los postigos. El empleado le sirve a Dios dando un día de trabajo honesto, incluso si el resto de la tripulación está eludiendo el deber. El miembro de la iglesia muestra que es una nueva creación de Dios con una asistencia regular los domingos y prestando servicio voluntario donde se necesite. El ciudadano glorifica a Dios obedeciendo la ley, pagando impuestos, haciendo el bien a otros, recogiendo la basura, y votando por el mejor candidato.

Nosotros somos hijos de Dios, vestidos con las vestiduras de la justicia de Cristo. El Espíritu Santo nos da muchas oportunidades para hacer que nuestra luz brille ante otros para que puedan ver nuestros buenos hechos y alabar a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16).

La lucha con la vieja naturaleza pecaminosa

Todo esto suena fantástico, pero sabemos que hay un problema. El apóstol Pablo describe nuestra situación de la siguiente manera: “El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago”. (Romanos 7:18, 19). Todo santo sigue

siendo pecador y enfrenta la lucha que dura toda la vida. Hay una guerra atroz dentro de nosotros. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (Gálatas 5:17).

Nuestra vieja naturaleza pecaminosa (también conocida como el viejo hombre, el viejo Adán, y el viejo ser), sigue completamente corrupta. Se ha unido con Satanás y con el mundo pecaminoso para luchar con Cristo hasta el final y es un miembro comprometido de la alianza del mal. No estamos hablando sobre una guerra limitada, sobre una lucha en la cual nadie sale herido o sobre un acuerdo entre caballeros que supedita todo a las reglas de la justicia. La santificación no reforma nuestra vieja naturaleza pecaminosa ni la hace más dulce ni abierta a la devoción. Eso no es posible. Nuestra vieja naturaleza dará patadas, arañará, y morderá, hasta el amargo final de nuestras vidas terrenales.

Nuestra vieja naturaleza pecaminosa no puede ser convertida, pero puede ser crucificada. No nos atrevamos a negociar con ella, pues la eternidad está en juego.

Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. (Romanos 8:13)

Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. (Gálatas 5:24)

Sólo tenemos que recordar las palabras gráficas de Jesús para ver la seriedad de la batalla:

Por tanto, si tu mano o tu pie, te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego. (Mateo 18:8, 9)

Nosotros tenemos un fuerte ayudador en la lucha contra el pecado, Satanás y nuestra antigua naturaleza pecaminosa. La Biblia nos asegura que el Paracleto, el Consolador, que está a nuestro lado, batalla junto con nosotros: “Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:27).

Aunque los pecadores no pueden hacer nada para producir fe en sus corazones, los santos pueden cooperar para resistir a Satanás y llevar los frutos de la fe. Es decir, que los creyentes pueden cooperar, porque el Espíritu Santo está obrando en ellos y empoderándolos. Por ejemplo, gracias al Espíritu Santo podemos hacer un uso regular y fiel de la Palabra de Dios. “Y desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2).

Aunque la ley no puede dar fortaleza para la vida cristiana, sí es una guía valiosa para la vida piadosa. El evangelio, por otra parte, crea amor por Dios en nuestros corazones recordándonos el gran amor de Dios por nosotros. A su turno, el evangelio nos estimula a seguir el ejemplo de Jesús y su amor de los unos por los otros. A través de las Escrituras, recibimos consuelo cuando vemos que incluso los santos más grandes fueron obligados continuamente a hacer la guerra a su carne malvada. Más aun, la Biblia nos capacita, como a Jesús, para enfrentar la tentación de Satanás con pasajes apropiados de la Escritura. Cuando fue confrontado con las tentaciones de Satanás, Jesús no buscó guía en una revelación especial. Más bien, él confió en la Palabra escrita de Dios (Lucas 4:1-13).

Las confesiones luteranas afirman: “Nuestras mejores obras, incluso después de haber recibido la gracia del Evangelio, siguen siendo débiles e impuras”.²⁴ Sólo tenemos que mirar a una mañana de domingo para ver la prueba de esta afirmación. Muy posiblemente antes de salir para la iglesia,

especialmente si es un frío día de invierno o un día de verano abrasador, entran a nuestra mente pensamientos que no son de entusiasmo ni alegría ante el privilegio de ir al servicio a adorar a nuestro misericordioso Dios. Posiblemente se le dice a la familia, abruptamente o con severidad, que se apuren para no llegar tarde.

Una vez en el servicio, nuestra mente se distrae durante las oraciones, luchamos contra el sueño durante el sermón, y tenemos pensamientos menos que amorosos para los niños que gritan, el visitante que tiene un anillo en su nariz, o el aviso en el boletín pidiendo ofrendas más altas. Entonces nos encontramos con ese miembro a quien nos resulta difícil amar como hermano o hermana. Fíjese cómo nosotros pecamos incluso durante una buena obra como ir a la iglesia. Lutero señaló esa realidad cuando dijo:

Por lo tanto, esta vida no es la piedad, sino el proceso de volverse piadoso; no es la salud, sino mejorarse; no es ser sino convertirse, no es descanso sino ejercicio. No somos ahora lo que debemos ser, sino que estamos en el camino. El proceso todavía no está terminado, pero está sucediendo activamente. Este no es el objetivo, sino el sendero correcto. En este momento, todo no reluce ni brilla, pero todo está siendo limpiado.²⁵

La siguiente cancioncilla, cuyo original está en inglés, lo expresa en términos más cotidianos:

No soy lo que debería ser;
No soy lo que voy a ser;
¡Pero gracias a Dios que no soy lo que era antes!

Los santos estarán en diferentes niveles de santificación. La fe débil sucumbe ante la tentación más fácilmente que la fe fuerte. Aquella produce menos buenas obras y da espacio al miedo y a la duda, en frente al peligro. Si uno parece estar llevando una vida más piadosa, gracias a Dios por eso: esa

piedad se da solamente por el poder del Espíritu Santo en esa persona. Si otros cristianos parecen carecer de piedad, ore por ellos y animelos. El objetivo de todo santo es crecer continuamente y aumentar. Se nos insta a “la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12,13).

Por la gracia de Dios podemos hacer progresos en la lucha diaria para ahogar nuestra vieja naturaleza pecaminosa y dejar vivir en nosotros la nueva naturaleza cristiana. “Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6:13).

Las buenas obras son necesarias

Los cristianos no deben abusar del hecho de que la santificación está incompleta como una excusa para no hacer ningún esfuerzo para crecer. Por el contrario, este hecho debe mover al creyente constantemente a esforzarse para alcanzar la santidad en el temor de Dios. Esta es la voluntad de Dios para nosotros, sus hijos.

Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. (Hebreos 12:14)

La voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de fornicación que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor. Dios no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación. (1 Tesalonicenses 4:3,4,7)

La conclusión agradable a Dios para nosotros trae a colación lo que es obvio: “Así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: ‘Sed santos, porque yo soy santo’” (1 Pedro 1:15,16).

Las buenas obras son necesarias. La Biblia dice:

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo? Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta. Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta. (Santiago 2:14-17,26)

No nos atrevamos a minimizar la importancia de las buenas obras en nuestras vidas. Estas son la evidencia necesaria, absolutamente esencial, de la fe en nuestros corazones. Más aun, la parábola de Jesús del juicio final deja claro que el juez señalará nuestras obras para mostrar si somos creyentes o no. Lea Mateo 25:31-46.

La conversión, con su don de la fe, viene primero. Eso es lo que salva. Los frutos de la fe siguen como la consecuencia inevitable y prueba de la fe. Nunca debemos invertir el orden. Es equivocado enseñar, como hacen algunas iglesias, que nuestras buenas obras llevan a la salvación. Esta falsa enseñanza sugiere que Dios ve a aquellos que están tratando de ser piadosos y entonces, a causa de sus esfuerzos sinceros, interviene para perdonarlos y justificarlos. La causa de la salvación en ese escenario falso es la bondad de la persona en vez de la gracia de Dios. En contraste, como hemos visto, la Escritura enseña que los creyentes no hacen buenas obras con el fin de ser salvos, sino porque ellos han sido salvados.

La recompensa de las buenas obras

Dios en su gracia tiene aun más bondad reservada para nosotros. El Espíritu Santo nos llama a la fe y produce en nosotros los frutos de la fe: todo por su obra. Entonces Dios nos bendice: ¡nos recompensa!, como si esas buenas obras

fueran algo especial que hubiéramos logrado.

En muchos lugares la Biblia asegura enfáticamente a los creyentes que sus buenas obras les serán recompensadas generosamente. A aquellos que enfrentan la persecución por el evangelio, Jesús les promete: “Gozaos en aquel día y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos” (Lucas 6:23). A aquellos que aman a sus enemigos y les hacen el bien, Jesús les promete: “Vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos” (versículo 35). A aquellos que siembran y a aquellos que riegan en la iglesia, Pablo les promete: “Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor” (1 Corintios 3:8). El escritor a los hebreos nos asegura: “Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndolos aún” (6:10). De hecho, hablando de los creyentes que entran al cielo, Jesús dice: “Sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13). Las recompensas para las buenas obras son concedidas tanto en este mundo como en el futuro: “La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera” (1 Timoteo 4:8). Dios no nos ha revelado cuál será la recompensa en cada instancia. Pueden ser bendiciones especiales en nuestra vida ahora o puede ser un grado más grande de gloria en el cielo.

Sin embargo, cuando se habla de que Dios recompensa nuestras buenas obras, las confesiones luteranas explican apropiadamente: “En la predicación acerca de los premios en cambio se manifiesta la gracia de Dios”.²⁶ La recompensa por las buenas obras viene no por los méritos del creyente, sino debido a la gracia de Dios. Por otra parte, todos los que exigen una recompensa no solamente pierden el derecho a la recompensa de Dios de la gracia, sino también ponen en riesgo su salvación. Lea Mateo 19:27 20:16 y observe cómo Jesús enseña las dos verdades que recién se han expuesto. Hay

recompensas: A los discípulos se les prometen 12 tronos en el cielo “y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (19:29). Entonces inmediatamente después de esa promesa, casi como para mostrar que Jesús sabía que podía ser malentendido, él cuenta la parábola de los trabajadores de la viña para enseñar que las recompensas vienen puramente de la bondad de Señor, quien misericordiosamente reparte lo que le corresponde. Jesús explica dos veces: “Así, los primeros [los orgullosos que sólo sirven a Dios externamente] serán últimos [y fuera del reino] y los últimos [aquellos que no merecen nada bueno de él], primeros [a causa de su gracia]” (20:16; ver también 19:30).

Una vida llevada para obtener recompensa, o una obra hecha con esta intención, deja de ser un fruto de fe y amor. Por otra parte, a través de sus promesas de misericordiosas bendiciones, Dios anima fervorosamente a los cristianos a hacer buenas obras. Martín Lutero dijo que por medio de los pasajes de la Biblia que hablan de la recompensa “los piadosos son despertados, consolados, y elevados, para seguir adelante, perseverar, y vencer, en hacer el bien y resistir el mal, para que no se cansen ni desesperen”.²⁷

Aunque nuestras obras son imperfectas e impuras a causa del pecado, no obstante son aceptables y agradables a Dios. Nosotros no aprendemos esto del mensaje de la ley de Dios. La ley continúa poniendo ante nuestros ojos el hecho de que “todas nuestras justicias como trapos de inmundicia” (Isaías 64:6). En cambio, el evangelio enseña que nuestros sacrificios espirituales son aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1 Pedro 2:5). Jesús lava nuestras imperfecciones y luego nos bendice por nuestros esfuerzos. De nuevo el mensaje es claro: ¡Sólo a Dios sea la gloria!



7

Dones para todos los creyentes

Nuestra imaginación fácilmente vuela cuando tratamos de imaginarnos cómo es la vida en el cielo, el lugar perfecto de morada de Dios, su santo templo. La Biblia, especialmente en las visiones dadas a San Juan, registradas en el Apocalipsis, describe al cielo como un lugar de paz perfecta y tranquilidad, de imponente grandeza y gloria, desprovisto de toda malicia y maldad.

Ahora deje que su imaginación vuele por un rato, en el pensamiento de que ya en este momento un creyente está en el lugar de morada de Dios. “¿Acaso no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios está en vosotros? ... El templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16,17). Dentro de cada cristiano hay un lugar de fe, paz y tranquilidad, belleza, un templo donde no se encuentra

ninguna malicia ni maldad. ¡Al menos esa es la clase de templo divino que el Espíritu Santo quiere hacer dentro de nosotros! A través del evangelio en la Palabra y los sacramentos, el Espíritu Santo derrama en nosotros los dones que nos hacen la morada adecuada para el Rey.

La fe es su don principal

“Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2:38,39). Con estas palabras Pedro llamó a la fe a la multitud en el primer Pentecostés. Observe bien los medios que se usaron: se predicó el mensaje del evangelio y se administró el bautismo con agua. A través de estos medios el Espíritu Santo le fue dado a la gente como un don para que él pudiera morar en sus corazones y llevar sus dones a sus vidas.

Anteriormente vimos que la obra principal del Espíritu Santo es glorificar a Jesús (Juan 16:14,15), testificando sobre él y sobre lo que ha hecho (15:26). Entonces lógicamente se deduce que su don primero y más importante, es la fe salvadora. El Espíritu Santo hace que el testimonio de Jesús eche raíces en nuestros corazones y crezca convirtiéndose en fe. De esta forma el Espíritu trae gloria a Jesús al fortalecer su cuerpo, la iglesia.

Todos necesitamos un tutor espiritual: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). La traducción *New Evangelical: Nuevo Testamento* captura claramente esa última frase: “porque uno necesita tener el Espíritu para poder juzgarlas correctamente” (traducción libre del inglés). El discernimiento espiritual, la habilidad de

juzgar, sabia y correctamente, los asuntos espirituales, por lo tanto, viene solamente a través del Espíritu Santo. “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: ‘¡Sea anatema!’”, como tampoco nadie puede exclamar: ‘¡Jesús es el Señor!’”, sino por el Espíritu Santo” (12:3). El discernimiento espiritual para reconocer a Jesús como el Señor es, en una palabra, fe. El Espíritu Santo da esa fe salvadora gratuitamente a todo cristiano.

Dones acompañantes a la fe

Con el don de la fe también vienen muchos otros dones espirituales.

“Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” ora Pablo por los Romanos y también por nosotros (Romanos 15:13). La esperanza es un beneficio adicional de la fe, como nos dice la Biblia: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). La esperanza cristiana puede ser definida como el anhelo confiado de las cosas que Dios ha prometido. Cuando nuestra esperanza está basada en las promesas de nuestro fiel Dios, no hay nada incierto con respecto a ellas. ¡Dios cumple sus promesas! Nuestra esperanza es un hecho; simplemente no ha sucedido todavía. En el medio de la vida con sus problemas frecuentes y tristezas, tenemos una esperanza segura y cierta. Tenemos la esperanza de que habrá el mundo mejor en el cielo, y tenemos la esperanza del Dios que estará a nuestro lado para llevarnos hasta allá a salvo.

Esta esperanza, esta certeza, es un don del Espíritu Santo. “Por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la

esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:2-5).

“Todo lo que necesitas es amor” (“All you need is love”), la canción en la estación de radio cuando tocan los clásicos de oro. Otra de las favoritas dice: “Lo que ahora necesita el mundo es amor, dulce amor. Es la única cosa de la que hay muy poco” (“What the world needs now is love, sweet love. It’s the only thing that there’s just too little of”). El cristiano sabe que las letras de esas canciones no están apuntando a lo que es. El amor que necesitamos existe y es gratis y completo: “De tal manera amó Dios al mundo...” (Juan 3:16). Como un don del Espíritu Santo, el creyente sabe que el asombroso amor de Dios nos rodea. “Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos” (15:13). Pero Jesús nos amó aun más que eso, porque él dio su vida por nosotros cuando todavía éramos sus enemigos más crueles. “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:9,10).

El Espíritu también nos consuela y nos anima, por medio de la seguridad de que hemos recibido el Espíritu de adopción (Romanos 8:15). “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡*Abba*, Padre!’ Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gálatas 4:6,7). Ya no temblamos ante la imponente majestad del todopoderoso Creador y Juez perfecto del universo; ya no tratamos de escondernos de sus ojos que todo lo ven. Más bien, el Espíritu Santo nos ha enseñado a conocerlo como nuestro “querido Padre” (*Abba*) del cielo.

Usted puede recordar una famosa pintura de los años del

presidente Kennedy. El presidente está sentado en su imponente escritorio en la oficina oval en medio de la crisis de los misiles cubanos, en un momento en que nuestra nación estaba en el borde de la guerra nuclear mundial. Sobre la alfombra que estaba debajo de ese escritorio, el hijo menor del presidente estaba jugando pacífica y felizmente con sus juguetes. Solamente en esta forma, mientras el mundo va con tropiezos en caos hacia el día del juicio, nosotros podemos vivir en paz, sin ser afectados por todos esos remolinos a nuestro alrededor. Nosotros somos los hijos amados de Dios. Nuestro Padre celestial tiene las cosas bajo su control, ¡y él mantiene su ojo sobre nosotros!

Parte del discernimiento espiritual que da el Espíritu Santo con la fe es la habilidad para juzgar todas las cosas. El Espíritu hace que sepamos la verdad, es decir, la verdad eterna de Dios. “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”, prometió Jesús (Juan 16:13). Firmemente basado en la verdad de Dios, encontrada en la Biblia, los cristianos tienen la base para hacer juicios sobre los asuntos espirituales que vienen ante ellos. Los creyentes pueden evaluar, lo que ven y escuchan, con base en la verdad revelada de Dios, confiados en que el Espíritu Santo los ayudará para aplicar esa verdad correctamente. Por otra parte, el consejo terrenal, sin importar cuánta educación humana se haya recibido, no se pueden hacer juicios válidos con respecto a los cristianos o a la verdad que confiesan. Pablo lo expresa de esta manera: “En cambio, el espiritual juzga todas las cosas, sin que él sea juzgado por nadie. ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién lo instruirá? Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo” (1 Corintios 2:15,16). El cristiano más simple, armado con las Escrituras y guiado por el Espíritu Santo, es más sabio en los asuntos de Dios que el incrédulo con mejor educación. De hecho, antes de entrar a la escuela por primera vez, la mayoría de los creyentes han aprendido la

verdad más profunda de todas: “Cristo me ama, bien lo sé; su Palabra me hace ver”.

Frutos del Espíritu

El Espíritu Santo nos da fe, esperanza, amor, la adopción como hijos, y el amor. Estos dones fluyen de Dios y nos son dados para que los disfrutemos y los usemos. El Espíritu que mora dentro de nosotros también transforma nuestros caracteres. Él obra en nosotros para producir reflejos de lo divino en nuestras relaciones diarias. Esas características divinas que él produce son llamadas los frutos del Espíritu, o los frutos de la fe. Éstos son producidos en todos los creyentes y son rasgos que todo cristiano debe esforzarse por mostrar abundantemente en esta vida.

“Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza... Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gálatas 5:22, 23, 25). El amor del que se habla en estos versículos no es el mismo del que hablamos anteriormente en este capítulo. Allí el amor era el amor de Dios que nosotros recibimos y disfrutamos. Este versículo de Gálatas habla sobre el amor que Dios produce en nosotros. Es el amor del que habla la Biblia cuando dice: “Nosotros lo amamos a [Dios] porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Motivados por el amor de Dios hacia nosotros, ahora nos convertimos en amantes. De personas egoístas y egocéntricas, el Espíritu Santo hace santos que verdaderamente reflejan el amor de Cristo a quienes están a su alrededor. Este es un cambio milagroso, el cambio de nuestra actitud natural hacia otros, especialmente hacia nuestros enemigos. Es un cambio en el carácter obrado por el poder del Espíritu Santo dentro de nosotros.

En medio de los problemas y de los dolores de esta vida, el cristiano tiene gozo. Eso también es un milagro. Nuestras

mentes miran los encabezados en los periódicos diarios y los problemas de nuestra vida. Miramos a los amigos que nos decepcionan y a los parientes que nos defraudan. A menudo nuestras mentes no ven nada por lo cual estar gozosos. Pero entonces nuestra fe se activa. Ésta ve el amor de Dios, la esperanza del cielo, y la certeza de que nuestro Padre celestial dispone todas las cosas para nuestro bien. El Espíritu Santo empodera nuestra fe para decirle a nuestras mentes: “No me importa lo que digas. ¡Dios gobierna, y yo confiaré gozosamente en él!” Los gozos terrenales son, en el mejor de los casos, temporales y están destinados a decepcionar finalmente; el gozo del Espíritu es eterno y nunca nos fallará.

El Espíritu produce paz. El cristiano, en paz en su conciencia, en paz con su Dios, en paz con respecto a lo que trae el futuro, disfruta de paz personal. Aun más, el Espíritu Santo convierte esa paz interior en acción para que el cristiano se convierta en la encarnación viviente de las palabras de Jesús: “Bienaventurados los pacificadores porque serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9).

Paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad, y dominio propio, son características que se ofrecen poco en el mundo despiadado. Por otra parte, todas éstas se veían de forma abundante en la vida de Jesucristo. En esto él estableció un ejemplo para nosotros. Ahora el Espíritu Santo produce estas características en todos los seguidores de Jesús. Hay algo que no es natural en esas características. De hecho, la mente natural las ve como peligrosas porque “la gente se aprovechará de ti”. La mente natural a menudo puede tener razón con respecto a eso. Sin embargo, el Espíritu Santo nos hace no naturales; él nos hace piadosos. El Espíritu hace que verdaderamente queramos seguir el ejemplo de Jesús y hacer lo que agrada a Dios. En cuanto a aquellos que se aprovechan de nosotros o abusan de nuestra piedad, dejaremos que el Señor se encargue de eso.

Considere unos pocos ejemplos adicionales de los milagrosos cambios en el carácter que produce el Espíritu. Su obra es aun más imponente cuando uno considera el material débil y pecador con él que él tiene que trabajar.

En cambio, la sabiduría que descende del cielo es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera. (Santiago 3:17)

Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia, de modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto. Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo, a la cual fueron llamados en un solo cuerpo. Y sean agradecidos... Y todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios el Padre por medio de él. (Colosenses 3:12-15,17).

Otro fruto importante es el valor para testificar de Cristo y, a través de nuestro testimonio, llamar a otros a la fe. En su ascensión Jesús prometió a sus discípulos: “Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Aunque esta promesa fue cumplida en una forma espectacular en Pentecostés, no está limitada a los 12 discípulos originales. Eso se nos muestra primero por las palabras de despedida de Jesús que acabamos de leer. Esos 12 hombres no podrían ellos solos testificar “hasta lo último de la tierra”. El cumplimiento de ese testimonio mundial requeriría de muchos testigos durante muchos años.

El propósito más amplio de la promesa de Jesús se demuestra también en los eventos que siguieron al primer Pentecostés. “En aquel día hubo una gran persecución contra

la iglesia que estaba en Jerusalén, y todos, salvo los apóstoles, fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria. Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hechos 8:1,4). Jesús le dio esta orden a su iglesia: “Id y haced discípulos a todas las naciones...Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19,20). Esta gran comisión implica que el Espíritu Santo continuará preparando testigos en toda época del tiempo hasta el final.

Uso de los dones del Espíritu

De la misma manera que un manzano produce manzanas, igualmente aquellos que son templos del Espíritu producen los frutos del Espíritu. Sin embargo, no todos los árboles de manzanas producen fruto igual en cantidad o cualidad. De la misma manera los cristianos disfrutan y reflejan los dones del Espíritu en grados que varían. Nuestro objetivo es cultivar los dones y los frutos del Espíritu, usando fielmente la Palabra, el Bautismo, y la Santa Cena, para cultivar la espiritualidad.

Para ayudarnos a alcanzar nuestro objetivo, tenemos un ayudador que siempre está presente. Se nos recuerda sobre su presencia cada vez que escuchamos la bendición apostólica en un servicio de adoración: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Corintios 13:14). El Espíritu viene a nosotros para traer paz y pureza. Él desciende con una espada “que es la palabra de Dios” (Efesios 6:17). Él usa esa Palabra para combatir al pecado y la debilidad, que dificultan que gocemos de sus dones.



8

Dones fundacionales y confirmatorios

La palabra griega *charisma* (plural: *charismata*) significa “un don de la gracia”, un don del amor inmerecido de Dios. Es la palabra de la Biblia para los dones especiales que el Espíritu Santo le da gratuitamente al pueblo de Dios. Algunos de los *charismata* del Espíritu, como la sanidad instantánea o el hablar en lenguas, son espectaculares. Otros, como la enseñanza o el mostrar misericordia, pueden parecer ordinarios y poco emocionantes. Sin embargo todos los dones del Espíritu están orientados al bien de la iglesia.

El movimiento carismático de los tiempos modernos, ha adoptado el término *carisma* como propio, y buscan los dones sobrenaturales del Espíritu y usarlos en la iglesia hoy en día. Los carismáticos tienen una fascinación especial por los dones espectaculares de hablar en lenguas, de la sanidad, y de la profecía.

La fascinación con los dones sobrenaturales del Espíritu se ha centrado históricamente en la familia de iglesias pentecostales. Como su nombre lo dice, estas iglesias intentan revivir regularmente el milagroso derramamiento del Espíritu en el primer Pentecostés. En el pasado, las iglesias pentecostales fueron relegadas a los márgenes del cristianismo. Sin embargo últimamente el movimiento carismático ha hecho incursión en la mayoría de las denominaciones en los Estados Unidos. Sus partidarios tienden a permanecer en congregaciones de la línea principal, aunque culpan a los cristianos “ordinarios” de sus iglesias de una falta de fervor espiritual.

Muchos cristianos han mirado escépticamente el movimiento carismático. Sin embargo, el fervor y la emoción de los carismáticos llaman nuestra atención. No podemos evitar preguntarnos si tal vez nos hace falta algo y si estamos dejando sin uso emocionantes dones del Espíritu.

Antecedentes

Las Escrituras indican que todo creyente recibe al menos un don espiritual. “Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos. Pero todas estas cosas [la provisión de los dones espirituales] las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:7, 11).

Hay numerosos dones, todos vienen del amor inmerecido de Dios. Por lo tanto no hay razón, ni derecho, para que ningún creyente se sienta superior o más importante que otro. “De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada” (Romanos 12:4-6). El Espíritu reparte dones como le parezca conveniente para que

el cuerpo de Cristo esté saludable y funcionando correctamente.

El Espíritu nos da dones con la intención de que sean usados para beneficiar a otros. “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4:10).

Antes de definir lo que son los dones espirituales, miremos unas pocas cosas que no son.

- Los dones espirituales no son esenciales para ser un cristiano. La fe, no los dones carismáticos, hace a un cristiano. Es equivocado esperar que todos los cristianos tengan dones específicos, como la habilidad de hablar en lenguas. Los dones del Espíritu son dados en diferentes cantidades y combinaciones, como él ve que es conveniente.
- Los dones espirituales no son simplemente talentos naturales. Los cristianos y los no cristianos igualmente tienen talentos naturales. Los dones espirituales son otorgados solamente a los cristianos.
- Los dones espirituales son diferentes de las responsabilidades. Todos los cristianos tienen las responsabilidades de servir, exhortar, enseñar, dar, testificar, mostrar misericordia, crecer en conocimiento y sabiduría, y así sucesivamente. A algunos el Espíritu les ha dado una aptitud especial o *charisma* para llevar a cabo esas responsabilidades.^b
- Los dones espirituales no son lo mismo en toda época ni tampoco en toda situación. En cambio, el Espíritu nos da sus dones para un propósito. Él proporciona los dones que sean necesarios para el bien de la iglesia en un tiempo y lugar específicos, de acuerdo con sus circunstancias.

Es tiempo para una definición. Los dones espirituales son *donaciones de habilidades especiales otorgadas por la gracia de Dios a cristianos individuales por el bien de la iglesia*. En otras palabras, los dones espirituales son talentos o aptitudes,

por medio de las cuales el Espíritu Santo prepara a los creyentes para el servicio espiritual.

Listas de dones

Cuatro listas de dones espirituales aparecen en el Nuevo Testamento (Romanos 12:6-8; 1 Corintios 12:8-10; 1 Corintios 12:28; Efesios 4:11). Algunos dones aparecen en más de una lista. La profecía o el don de ser profeta, por ejemplo, aparece en las cuatro listas; la enseñanza/maestro en tres; el hacer milagros en dos. Otros dones, como la evangelización, la exhortación y el dar, aparecen solamente una vez. Además de los listados que mencionamos, Pedro habla de “diversas formas” de dones y luego señala el hablar y el prestar servicio como dos categorías generales (1 Pedro 4:10,11). No debemos imaginarnos que estas listas sean exhaustivas. Ciertamente hay otros dones, como los dones de la música, que no se mencionan específicamente.

Podemos organizar los dones listados de la siguiente manera:

DONES FUNDACIONALES

Profecía
Apostolado
Discernimiento

DONES CONFIRMATORIOS

Hacer milagros
Sanidad
Hablar en lenguas
Interpretar las lenguas

DONES QUE CONTINÚAN**PREDICACIÓN**

Evangelista
Pastor
Maestro / Enseñanza
Exhortación
Palabra de sabiduría
Palabra de conocimiento

SERVICIO

Prestar servicio
Dar
Liderazgo
Administración
Mostrar misericordia /ayuda
Fe

En el resto de este capítulo miraremos los dones especiales que el Espíritu ha dado en el pasado, pero que parece que ya no está otorgando. En el siguiente capítulo miraremos a los dones espirituales que él otorga todavía por el bien de la iglesia.

Dones fundacionales***Profecía***

Podemos definir el don espiritual del profeta así: la donación divina de recibir y hablar, la verdad por directa revelación de Dios.

Un profeta es el que habla por Dios. En los días antes de la finalización de la Biblia, los profetas recibían rutinariamente revelaciones directamente de Dios. Entre los mensajes divinos que ellos fielmente llevaban a la gente estaban las predicciones con respecto al futuro. La Biblia prescribe dos pruebas de un verdadero profeta. Primero, su mensaje no contradirá la voluntad revelada de Dios (Isaías 8:20).

Segundo, todas sus predicciones se harán realidad (Deuteronomio 18:22).

Por medio de los profetas en los tiempos del Antiguo Testamento, Dios le dio a su iglesia su Palabra, la cual él inspiró a registrar a los profetas en los 39 libros del Antiguo Testamento. “Dios... [habló] muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas” (Hebreos 1:1). La iglesia del Nuevo Testamento en sus años iniciales también fue bendecida con profetas (Hechos 11:27; 13:1; 1 Corintios 14:29; Efesios 4:11). Los profetas eran los predicadores de su tiempo. Mientras su obra continúa en los predicadores que proclaman la verdad de la Biblia hoy en día, los profetas que recibieron revelaciones directas fueron dones para el tiempo antes de la finalización de la Biblia.

Apostolado

El don de ser un apóstol fue dado a un número muy limitado de hombres para actuar con el poder otorgado por Dios y para hablar con la autoridad conferida por Dios en virtud de un conocimiento personal de Cristo y su revelación directa del Espíritu.

La palabra *apóstol* viene del verbo griego *apostello*, que significa “enviar”. Su sustantivo derivativo, *apostolos*, era usado como un término náutico en la Grecia clásica. Significaba “un buque enviado en una misión”. *Apostolos* llegó a significar “una persona que es enviada como un enviado”. Nuestro Señor Jesús escogió a 13 hombres para que fueran sus apóstoles: los 12 discípulos (que siempre siguieron siendo 12 en número porque Matías reemplazó a Judas Iscariote) y Pablo. Una de las calificaciones de un apóstol era que él era “que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros” (Hechos 1:21). El Señor Jesús mismo hizo una excepción a esa regla en el caso de Pablo. A los apóstoles se les dieron poderes

especiales para respaldar el mensaje que fueron enviados a proclamar: “Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, señales, prodigios, y milagros” (2 Corintios 12:12). Los apóstoles fueron los embajadores especialmente escogidos por Jesús para ser los maestros fundacionales de la iglesia del Nuevo Testamento y de proclamar el evangelio al mundo, por medio de su predicación y de la Escritura que ellos escribieron.

Hoy nadie puede obtener la calificación del apostolado, en particular ser un testigo ocular del ministerio de Jesús. Más aun, las revelaciones especiales ya no se necesitan ya que la Escritura está completa, y contiene todo lo necesario. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16,17). Concluimos, por lo tanto, que el Espíritu Santo ya no da apóstoles a la iglesia de los tiempos modernos.

La profecía y el apostolado, fueron dones fundacionales esenciales para establecer la iglesia. Los profetas y los apóstoles, llevaron a cabo sus tareas fielmente. La santa iglesia cristiana permanece hoy en día edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20), quien continúa hablándonos a través de las Escrituras.

Discernimiento

La lista de los dones especiales incluye el discernimiento o “el discernir espíritus” (1 Corintios 12:10). Antes de que la Biblia fuera finalizada y de que todo el mundo estuviera de acuerdo sobre qué libros debían estar en ella, ese don fundacional también era necesario.

Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen lo que ellos dicen. (1 Corintios 14:29)

No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo y retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal (1 Tesalonicenses 5:20-22).

El don espiritual del discernimiento era la habilidad de evaluar el mensaje de alguien que aducía haber recibido una revelación o una profecía de Dios. Por medio de este don espiritual el creyente podía determinar si el mensaje venía del Espíritu Santo o si su fuente era el propio espíritu humano del que hablaba o incluso un espíritu maligno.

Dios manda a todos los cristianos: “Probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). Hoy el Espíritu Santo nos ilumina y nos capacita para esa prueba por medio de las Escrituras. Sin embargo, el don de discernimiento sobrenatural parece haber sido fundacional. La necesidad de este don cesó una vez que las Escrituras estuvieron disponibles, como norma para la prueba iluminada por el Espíritu.

Dones confirmatorios

De todos los dones espirituales, los dones confirmatorios despiertan el mayor interés y atención. Los milagros, las sanidades, y el hablar en lenguas, son espectaculares por naturaleza. Más aun, los pentecostales y los carismáticos, afirman que están recibiendo esos dones hoy en día. ¡Si estos dones están aún disponibles para los creyentes, nos gustaría recibirlos también!

Milagros

Entre los dones espirituales mencionados en el Nuevo Testamento están los poderes milagrosos, a través de los cuales el Espíritu Santo proporciona a “los que hacen milagros” (1 Corintios 12:28). Un milagro es un acto de poder sobrenatural por medio del cual Dios actúa fuera del curso

normal de la naturaleza. Un milagro provoca temor y asombro, y sirve como una señal para autenticar al trabajador como respaldado por Dios. Entonces el don de los milagros es la habilidad para realizar acciones sobrenaturales que muestran la aprobación de Dios hacia el mensaje o el mensajero.

Sanidad

La *sanidad* es realmente una subcategoría de los milagros. La persona con el don de la sanidad servía como un intermediario por medio del cual Dios intervenía con poder sobrenatural para curar la enfermedad y restaurar la salud. Jesús realizó numerosos milagros de sanidad; veinticinco de ellos son mencionados específicamente en los cuatro evangelios. Las sanidades de Jesús fueron instantáneas y completas.²⁸ Siempre que él realizó una sanidad, tuvo el cien por ciento de éxito.

Jesús animó a sus creyentes a predicar las buenas nuevas a toda la creación, con esta promesa: “Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre... sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:17,18).

Parece que en los primeros días de la iglesia del Nuevo Testamento, el Espíritu hacía saber de alguna manera cuándo una señal milagrosa debía suceder o realizarse, porque ni siquiera los apóstoles tenían el poder de sanar a todos ni la opción de hacer sanidad en cualquier oportunidad que quisieran. Pablo, por ejemplo, escribió con respecto a sus fieles compañeros de trabajo “a Trófimo dejé enfermo en Mileto” (2 Timoteo 4:20). En vez de sanar la enfermedad estomacal crónica de Timoteo, Pablo le aconsejó un cuidado apropiado de la salud (1 Timoteo 5:23). Aun más, las oraciones de Pablo por su propia sanidad no fueron respondidas con un milagro. En cambio, el Señor ayudó a Pablo a aceptar su aflicción y a ver el propósito de Dios para

ello: “Respecto a lo cual [el aguijón de la carne] tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí. Y me ha dicho: ‘Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad’. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Corintios 12:8,9).

Los milagros y las sanidades, fueron otorgados en períodos críticos de la historia bíblica. Estos fueron especialmente evidentes en el tiempo del éxodo, durante los tiempos peligrosos de los profetas, en el tiempo de la vida de Jesús, y en los años del comienzo de la iglesia del Nuevo Testamento. Esos eran tiempos cruciales en los que Dios estaba interviniendo en la historia del mundo. En esos tiempos Dios determinó que su presencia y la autenticidad de su mensaje necesitaban ser demostrados más allá de una sombra de duda. Los dones de hacer milagros y sanidad, fueron su forma de probar eso.

Dios sigue siendo todopoderoso. Si él elige conceder la realización de milagros y milagrosas sanidades hoy, él es completamente capaz de hacerlo. La evidencia, sin embargo, indica que esos dones sirvieron para propósitos confirmatorios en puntos cruciales de la historia. Ahora la Biblia está disponible para casi todos; ahora la iglesia está establecida sólidamente. Ya no se necesitan las maravillas sobrenaturales para confirmar la presencia de Dios en la iglesia o su apoyo del mensaje del evangelio.

Hoy lo mejor para nosotros es llevar nuestras necesidades directamente al Señor en oración, confiados en que “la oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16). ¿Por qué buscar una persona con el don del poder de sanidad milagrosa cuando usted puede ir directamente a la fuente de poder? En respuesta a sus oraciones, Dios también puede escoger el conceder una sanidad milagrosa.

Hablar en lenguas e interpretación de lenguas

Los dones confirmatorios que atraen la mayoría de la atención son hablar en *lenguas* e interpretar las *lenguas*. El don de hablar en lenguas es la habilidad especial para hablar en otro idioma, una lengua que el hablante no conocía previamente. La interpretación de lenguas es la habilidad milagrosa para interpretar las palabras de una persona que habla en lenguas.

Glosolalia es otro término para designar el hablar en lenguas; viene de las palabras griegas *glossa* (lengua) y *lalia* (hablar). En Pentecostés, el Espíritu Santo capacitó a los apóstoles para hablar en idiomas extranjeros que ellos no conocían previamente. “Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios” (Hechos 2:9-11). El don era la habilidad de comunicar el evangelio en idiomas extranjeros reconocibles para los individuos que hablaban esos idiomas. Era clara evidencia de que Dios respaldaba el mensaje de Jesús que estaba siendo predicado.

Mucha de la confusión con respecto a este don, tiene que ver con la traducción al español “lengua”. La versión Reina-Valera en hace las cosas aun más confusas más cuando añade la palabra “extraña” (1 Corintios 14:2,4,13,14,19,27). Cuando la versión Reina-Valera habla de “lengua extraña” deja la impresión de que se estaba hablando en algún idioma raro o no entendible. Habría menos confusión si nuestras Biblias tradujeran sistemáticamente este don como la habilidad para “hablar en idiomas que no conocían antes”.

Además del Pentecostés, el libro de Hechos habla de otras dos ocasiones en que fue otorgado el milagroso don de hablar en lenguas (10:44-47; 19:1-7). En la primera ocasión, Pedro

predicó a Cornelio, un gentil, y Dios mostró su aprobación capacitando a los gentiles para hablar en lenguas. Los cristianos judíos se preguntaban: ¿Pueden ser salvos los gentiles? ¿Dios aprueba que vayamos a los no judíos? Dios dio su respuesta. Él confirmó su aprobación a través de una señal milagrosa. Note que las lenguas eran idiomas reconocibles, igual que en Pentecostés, porque Pedro comenta: “Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiera estorbar a Dios?” (11:17).

En el segundo caso, Pablo predicó en Éfeso a creyentes que no sabían nada sobre el Espíritu Santo. ¿Estaba Pablo diciéndoles la verdad? Dios dijo un claro sí confirmando la predicación de Pablo. Los hombres, aproximadamente 12 en número, fueron bautizados y “habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban” (19:6).

En Corinto las cosas se habían salido fuera de control. Aparentemente los que hablaban en lenguas estaban hablando con un discurso de éxtasis, el cual no entendía ninguno de los presentes y el cual, por lo tanto, no servía para ningún bien en términos de comunicar el evangelio. Pablo escribió para instruirlos sobre el correcto uso de las lenguas: “En la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (1 Corintios 14:19). Más aun, las lenguas no servían para ningún propósito en la iglesia sin que las interpretara: “Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios” (versículo 28).

Un estudio de las Escrituras lleva a la conclusión de que las lenguas eran como los milagros y la sanidad, que mencionamos antes. Todos eran dones confirmatorios, otorgados por Dios en momentos cruciales y bajo circunstancias extraordinarias para establecer su iglesia del

Nuevo Testamento y para autenticar el evangelio de Jesús. El mensaje era nuevo y estaba sujeto a la siguiente pregunta legítima: “¿Cómo podemos estar seguros de que usted está diciendo la verdad?” Los dones confirmatorios fueron la manera que Dios usó para mostrar su aprobación de lo que estaba siendo dicho en su nombre. Aunque Dios puede todavía otorgar el don de las lenguas, no tenemos razón para esperararlo ni para necesitarlo. Es más: no hay promesa en la Biblia de que este don continuaría en la iglesia hasta el fin del tiempo.

Aunque nosotros no basamos la doctrina en la historia de la iglesia, es interesante notar cómo se ha tratado el don de hablar en lenguas en la historia de la iglesia. Es un hecho histórico que el hablar en lenguas terminó con la muerte de los apóstoles para todos los propósitos prácticos. Para el año 400 d.C. el padre eclesiástico Agustín mencionó el hablar en lenguas como algo que se había ido de la iglesia. La práctica de hablar en lenguas se veía esporádicamente sólo en grupos marginales radicales de la iglesia a lo largo del período del año 100 al 1900 d.C. Esta desaparición del hablar en lenguas apoya la idea de que era un don confirmatorio que fue dado a la iglesia solamente en el tiempo de los apóstoles.

¿Cuándo surgió el fenómeno actual? A menudo se designa el comienzo del uso del hablar en lenguas de los tiempos modernos el 1 de enero de 1901, cuando la señorita Agnes Ozman habló en lo que ella decía era un idioma chino en el Colegio del Instituto Bíblico Betel en Topeka, Kansas. Es digno mencionar que ella habló en lenguas solamente después de anhelos y oraciones angustiadas por el don. Esta recepción tiene un gran contraste con las lenguas de la Biblia, las cuales siempre caían sobre las personas de manera inesperada y sin que la gente las buscara. Desde este comienzo humilde, el hablar en lenguas se ha extendido por el mundo. Han surgido numerosas denominaciones pentecostales. El movimiento carismático también ha infiltrado muchas de las denominaciones cristianas tradicionales.

Tenemos mucha razón para cuestionar el papel de las lenguas que argumentan muchos pentecostales y carismáticos, de los tiempos modernos. Esos individuos hablan de un segundo bautismo, un bautismo del Espíritu, que es probado por la habilidad de hablar en lenguas. *La Declaración de Verdades Fundamentales de las Asambleas de Dios* dice: “El Bautismo de creyentes en el Espíritu Santo es testificado por el signo físico inicial de hablar con otras lenguas cuando el Espíritu de Dios les concede expresarse (Hechos 2:4).”²⁹ Como ilustra la anterior cita, la mayoría de los pentecostales cree que a menos que uno haya hablado en lenguas, todavía no se ha sido bautizado en el Espíritu Santo. Vimos antes en este libro³⁰, sin embargo, que el bautismo con agua es el bautismo del Espíritu Santo. Por medio de ese bautismo recibimos el Espíritu, que nos da la fe salvadora, y con la fe vienen todas las bendiciones que Dios ha planeado para sus hijos. El barco de Dios es de primera clase. No existe una clase turista para los marginales, los cristianos bautizados con agua, y una primera clase para los cristianos llenos del Espíritu que hablan en lenguas.

Muchos carismáticos de los tiempos modernos miran el hablar en lenguas como la marca que identifica a un verdadero seguidor de Jesús. Ellos establecen lazos de comunión con base en el hecho de compartir esa experiencia común. La enseñanza de otras doctrinas bíblicas parece carecer de importancia. Sin embargo la verdadera marca de una iglesia agradable a Dios está en enseñar “que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:20). Y la verdadera marca de un creyente es adherirse a todas las doctrinas de la Biblia. Donde las verdades de la Biblia están siendo enseñadas de manera falsa, es dudoso que el Espíritu Santo esté otorgando lenguas para mostrar su aprobación.

Algunos están convencidos de que el hablar en lenguas en el movimiento carismático contemporáneo es auto inducido.

Otros apuntan al hecho de que este fenómeno no está limitado al cristianismo. Religiones paganas en lugares como África hacen uso de un discurso de éxtasis similar. Nosotros sabemos que el diablo puede llevar a falsos maestros a hacer “grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán” (Mateo 24:24). Aunque nosotros no cuestionamos la sinceridad de los carismáticos, tenemos razones para dudar de lo que están haciendo.

El Espíritu todavía puede dar la habilidad para hablar en un idioma que alguien no ha estudiado ni conocido previamente. Sin embargo, no esperamos que ese don espiritual sea ordinario o común, ya que no hay promesa en la Biblia de que este será recibido de manera generalizada por cristianos de todas las épocas. Incluso en el Nuevo Testamento, era comparativamente escaso. Ciertamente no es algo que todo cristiano deba esperar recibir. En vez de ansiar la habilidad para hablar en lenguas, queremos hacer caso del consejo de Pablo y enfocar nuestro interés en la clara proclamación de la Palabra: “Y si la trompeta diera un sonido incierto, ¿quién se prepararía para la batalla? Así también vosotros, si por la lengua que habláis no dais palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís?, porque sería como si hablarais al aire. Así pues, ya que anheláis los dones espirituales, procurad abundar en aquellos que sirvan para la edificación de la iglesia” (1 Corintios 14:8,9,12).

Los dones fundacionales y confirmatorios, hoy en día

Los dones fundacionales y confirmatorios, eran espectaculares, emocionantes, y esenciales, para la época en que fueron otorgados. En formas menos espectaculares esos dones continúan siendo ofrecidos a la iglesia de Dios hoy en día. Una forma del don de profecía continúa dándose en los pastores que fielmente predicán la Palabra de Dios. Los cristianos continúan compartiendo amorosamente con el

mundo las buenas noticias de Jesús y de lo que él ha hecho. La sanidad es concedida en respuesta a la oración. A los misioneros se les da la habilidad de aprender idiomas extranjeros y luego de comunicar el evangelio poderosamente a través de ellos. Basados en la Palabra escrita de Dios, los cristianos iluminados pueden discernir la verdad divina de las mentiras del demonio.



9

Dones que continúan para el bien de la iglesia

La iglesia y la Biblia, están establecidas firmemente hoy en día. Los espectaculares dones fundacionales y confirmatorios, ya no son necesarios. Ahora el Espíritu Santo se concentra en obras que son externamente menos espectaculares. Él obra en el interior de las personas, cambiándolas y empoderándolas. Él guía a los santos, como usted y yo, para edificar el reino de Dios y para glorificar a Jesús. Con ese objetivo en mente, el Espíritu continúa tranquilamente preparando a los santos “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:12).

En este capítulo hablaremos acerca de la amplia variedad de dones espirituales que da el Espíritu y que continúan hoy en día para el bien de la iglesia. Dios nos insta, mientras leemos, a pensar en cuán fielmente estamos usando los dones que nos ha dado. “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la

multiforme gracia de Dios... para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo” (1 Pedro 4:10,11).

Dones que involucran la palabra

Evangelismo

En Hechos 8 leemos sobre Felipe el evangelista. Él es mejor recordado por su testimonio al eunuco etíope. Felipe le habló al etíope las buenas nuevas de Jesús. Entonces ante la solicitud del etíope, Felipe lo bautizó. Después de este encuentro Felipe siguió viajando, predicando el evangelio en todas las ciudades a lo largo del camino.

El Espíritu Santo continúa suministrando *evangelistas* como Felipe. El don del evangelismo es el don espiritual de ser capaz de presentar el evangelio especialmente a los que todavía no son creyentes. Todos los cristianos serán testigos del evangelio. Algunos, sin embargo, tienen una chispa especial para hablar a los no creyentes y compartir las buenas nuevas con ellos. Esa chispa es un don del Espíritu a través del cual él lleva a la gente a la fe y ensancha el reino de Dios.

Pastor

Para el bien de la iglesia, el Espíritu Santo continúa suministrando *pastores*, que guían, consuelan, y nutren, a las ovejas de Jesús con la Palabra y los sacramentos. El llamamiento de un pastor define el rebaño de cristianos que va a pastorear. Ordinariamente, él sirve como líder espiritual de una congregación local. Los pastores son puestos sobre sus rebaños por el Espíritu Santo. Pablo le dice a los líderes efesios: “Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28). Pedro describe la actitud del pastor hacia el rebaño bajo su cuidado: “Apacentad la grey de Dios que está

entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” (1 Pedro 5:2,3). Además del pastor, otros cristianos pueden tener un don de pastoreo y ser llamados por la congregación para asumir una responsabilidad continua para el bienestar espiritual de otro cristiano o grupo de cristianos. En la mayoría de las congregaciones los ancianos asumen ese papel.

El propio Señor establece el ejemplo perfecto para un pastor que guía, consuela, protege, y nutre, a sus ovejas. “Jehová es mi pastor... Me guiará por sendas de justicia... No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores” (Salmo 23:1,3-5).

Maestros/enseñanza

Ser *maestro* y el *don de la enseñanza*, también son dones espirituales. La enseñanza es la habilidad para explicar claramente y aplicar efectivamente una verdad. Cuando esa habilidad se usa para comunicar las verdades de la Palabra de Dios, es un precioso don espiritual.

Una persona con el don de la enseñanza estará marcada con dos características. Él tendrá un entusiasta interés en el estudio personal de la Palabra y en las disciplinas involucradas en el estudio de las Escrituras... También tendrá la capacidad de comunicar con claridad las verdades y aplicaciones de la Palabra para que los otros puedan aprender y beneficiarse. Después de haber escuchado enseñar a un “maestro”, su respuesta debe ser: “Ya entiendo lo que quiere decir”.³¹

“Id y haced discípulos... bautizándolos... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”, dijo Jesús (Mateo 28:19,20). Una rápida pero concienzuda lectura del libro de Hechos muestra la importancia de la enseñanza:

[Los creyentes de Jerusalén] perseveraban en la doctrina de los apóstoles. (2:42)

Se congregaron allí todo un año con la iglesia [de Antioquía], y enseñaron a mucha gente. (11:26)

Y se detuvo allí un año y seis meses [en Corinto], enseñándoles la palabra de Dios. (18:11)

El Salmo 78 habla de la importancia de enseñar a los niños:

No las encubriremos a sus hijos, contaremos a la generación venidera las alabanzas de Jehová, su potencia y las maravillas que hizo. Él estableció testimonio en Jacob y puso ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la notificaran a sus hijos; para que lo sepa la generación venidera, los hijos que nazcan; y los que se levanten lo cuenten a sus hijos, a fin de que pongan en Dios su confianza y no se olviden de las obras de Dios; que guarden sus mandamientos (versículos 4-7).

Exhortación

En un capítulo anterior aprendimos a llamar al Espíritu Santo el Paracleto, el que es llamado a nuestro lado para consolarnos y aconsejarnos. El Paracleto bendice a la iglesia con “asistentes paracletos”. Él proporciona una habilidad especial a ciertos cristianos para consolar y animar a otros. Este es el don de la *exhortación*. El apóstol Juan da un ejemplo de exhortación: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo” (1 Juan 2:1). Observe la relación: “Hijitos míos”. Juan realmente se interesa por ellos y está verdaderamente preocupado por ellos. Observe la admonición: “Para que no pequen”. Observe el consuelo: “Abogado tenemos para con el Padre”.

Bernabé tenía el don de la exhortación. Su nombre significa “hijo de exhortación” (Hechos 4:36). Bernabé se unió a Pablo

en el primer viaje misionero y sirvió en un papel fuertemente animador y de apoyo. En ese primer viaje el joven Juan Marcos abandonó a Pablo y volvió a casa. Juan Marcos pudo fácilmente haberlo abandonado todo con base en ese momento de debilidad; de hecho, Pablo parecía listo para darse por vencido con él. Sin embargo Bernabé animó a Juan Marcos y lo llevó con él como su compañero en el siguiente viaje (13:13; 15:37-39). Juan Marcos llegó a ser el Marcos que escribió uno de los cuatro evangelios del Nuevo Testamento. Todos nosotros somos más ricos espiritualmente por él y gracias a que Bernabé lo animó.

Algunos cristianos saben cómo exhortar. Ellos pueden no estar directamente involucrados en un proyecto, pero ven la obra que otros están haciendo y los animan a seguir adelante. Ellos tienen una chispa para ver cuando alguien está sufriendo o desanimándose. Ellos saben cómo dar consuelo y ánimo cuando realmente se necesita.

Palabra de sabiduría y palabra de conocimiento

“A uno es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu” (1 Corintios 12:8). La lista de dones espirituales incluye el *mensaje de sabiduría* y el *mensaje de conocimiento*. Aquí se quiere decir algo especial, algo más de la sabiduría salvadora y del conocimiento que tienen todos los creyentes. El conocimiento es la habilidad de captar, organizar, y retener, información. La sabiduría es la capacidad de ver la relevancia y aplicación, de la información a situaciones específicas. El conocimiento es más teórico por naturaleza; la sabiduría, más práctica. Entonces el mensaje de conocimiento es la habilidad especial de descubrir y comunicar las verdades que Dios ha revelado en su Palabra. El mensaje de sabiduría es el don divino de aplicar las verdades bíblicas a necesidades y problemas específicos. Toda congregación necesita a aquellos

que conocen la información. Igual de importantes son los que conocen cómo aplicar la verdad de Dios, correctamente y con entendimiento espiritual.

Los dones espirituales de evangelista, pastor, maestro, exhortación, conocimiento, y sabiduría, son primariamente dones que involucran el hablar. El Espíritu Santo proporciona estos dones a la iglesia cristiana para llevar las personas a la fe, fortalecerlas en la fe, y guiarlas, animarlas, consolarlas, y corregirlas. El Espíritu da dones que involucran el hablar para que podamos usarlos. Pablo nos insta: “La palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros. Enseñaos y exhortaos unos a otros con toda sabiduría” (Colosenses 3:16).

Dones de servicio

La segunda gran división de los dones del Espíritu que continúan para el bien de la iglesia son los dones de servicio. Estos dones hacen énfasis más en las acciones que en las palabras. Sin embargo a menudo las acciones crearán oportunidades para que los cristianos testifiquen del Salvador, cuyo amor los motiva a esas buenas acciones.

Debemos observar que todo cristiano es llamado a servir, a ayudar, o a mostrar misericordia. Sin embargo en esta sección estaremos hablando sobre aquellos a quienes el Espíritu Santo les da un don especial o fortaleza extraordinaria, para una forma particular de servicio.

Servicio

Pablo señala el *servicio*, como uno de los dones del Espíritu (Romanos 12:7). El don de servir se refiere al talento que Dios le da a algunos para trabajar fielmente y satisfactoriamente en un papel de apoyo. La palabra griega para servicio, *diakonia*, nos lleva a la palabra en español *diácono*. En Hechos 6, se nos habla de los siete diáconos que fueron elegidos para administrar la distribución diaria de alimento en la

congregación de Jerusalén. Cuando los diáconos asumieron esa responsabilidad, los apóstoles fueron liberados, para dar su atención a la oración y al ministerio de la Palabra.

Considere el ejemplo de María Magdalena. Ella se convirtió en seguidora de Jesús cuando él milagrosamente la liberó al sacar siete demonios de ella. En gratitud por lo que Jesús había hecho por ella, ella encontró su gozo más grande en seguir a Jesús y ministrar para sus necesidades y las de los discípulos (Lucas 8:1-3). Su servicio y amor, fueron obvios en su voluntad de llevar a cabo el proceso de embalsamamiento del cuerpo sin vida de Jesús (Marcos 16:1-3). Hoy en día al igual que María Magdalena, algunos cristianos están dispuestos a servir, sin importar si la labor es de ínfima importancia, debido a su agradecimiento por lo que Cristo ha hecho por ellos. Ellos distribuyen boletines, limpian el menaje de la comunión, sacan la hierba, o sirven las mesas. La mayoría de las veces nadie tiene que pedirles que lo hagan. Ellos ven las cosas que tienen que hacerse y simplemente las hacen. No están buscando una palmadita en la espalda; simplemente quieren servir al Señor en cualquier forma en que puedan.

Dar

El don de *dar*, es la disposición y la alegría obrada por el Espíritu para contribuir con los propios recursos materiales con extraordinaria generosidad. La Biblia nos menciona algunos ejemplos sobresalientes de personas que se destacaron en la gracia de dar. Por ejemplo, la viuda que dio sus dos últimas monedas de cobre (Marcos 12:41-44). Otro ejemplo fueron los creyentes de Jerusalén: “Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Así que no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el producto de lo vendido y lo ponían a

los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hechos 4:32,34,35). También los cristianos macedonios tenían ese don: “Porque, en las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos el privilegio de participar en este servicio para los santos” (2 Corintios 8:2-4).

Liderazgo

Pablo escribe: “El que preside [si ese es el don que uno tiene], con solicitud” (Romanos 12:8). El *liderazgo* es la capacidad de supervisar el trabajo de la iglesia con visión y dar ejemplo de una forma que inspire a los otros a seguir. La Biblia nos dice que un líder en la iglesia debe ser un hombre de madurez espiritual, no un nuevo converso. Él va a administrar bien su propia casa. Deberá tener buena reputación dentro de la iglesia y fuera de ella (1 Timoteo 3:4,6,7). Él lidera por su ejemplo, no señoreando sobre aquellos que le fueron confiados, sino siendo un ejemplo para el rebaño (1 Pedro 5:3).

Administración

El don de la *administración* (1 Corintios 12:28) está estrechamente relacionado con el liderazgo. La administración es un término náutico en griego. Se refiere al timón de un barco, el que conduce el barco a través de los bancos de arena, lo guía en el curso que el dueño del barco ha determinado, y lo lleva con seguridad a su puerto de destino. De esta misma manera un administrador en la iglesia de Dios guía a la congregación en el curso establecido por Dios en su Palabra y, en asuntos no determinados por la Palabra, en el

curso establecido por los miembros de la congregación. Una persona que tiene el don de la administración puede organizar y cuidar los detalles. También puede delegar y motivar a la gente.

Mostrar misericordia/ayuda

La Biblia abunda en ejemplos del don de *mostrar misericordia y dar ayuda* (Romanos 12:8; 1 Corintios 12:28). Considere al buen samaritano (Lucas 10:25-37). Considere al propio Jesús cuando respondió numerosas solicitudes de misericordia y concedió la sanidad. La Biblia describe a Dios como a alguien que es “rico en misericordia” y que hizo algo por nuestra necesidad al darnos “vida juntamente con Cristo” (Efesios 2:4,5). La misericordia es la compasión por otro, que se muestra no solamente en palabras, sino también en acciones de ayuda.

El don espiritual de mostrar misericordia o ayudar a otros, es la habilidad de sentir compasión genuina por los individuos que sufren y traducir ese sentimiento en acciones que alivien el sufrimiento como las que realizaría Cristo. Jesús quiere que todo cristiano muestre bondad y amor a otros. Sin embargo, todos conocemos individuos particulares que tienen un corazón extraordinario para los que sufren y que abundan en bondad hacia otros. Esas personas son dones especiales del Espíritu Santo.

Fe

“A unos es dada por el Espíritu... *fe* por el mismo Espíritu” (1 Corintios 12:8,9). Aprendimos en un capítulo anterior que la fe salvadora es el don del Espíritu para todos los cristianos. Por lo tanto, Pablo debe estar refiriéndose a algo diferente aquí. Él da una indicación de lo que él tiene en mente un poco más adelante en 1 Corintios, cuando describe lo que a veces se llama fe heroica. Allí Pablo habla de la “fe, de tal manera

que trasladara los montes” (13:2). Este don espiritual de fe heroica ha sido llamado el optimismo del cristiano. Es la habilidad de ver algo que tiene que ser hecho y creer que Dios lo hará incluso, si parece imposible.

Silas fue un hombre que mostró esa fe. En una ocasión, Pablo y Silas, fueron severamente golpeados y puestos en prisión en Filipos. Sin embargo, los dos pasaron la noche orando y cantando alabanzas a Dios (Hechos 16:16-34). En Berea las multitudes se agitaron cuando Pablo predicó y causaron disturbios. Pablo continuó hacia Atenas para escapar del peligro, pero Silas permaneció allí por un tiempo, continuando con el trabajo (17:10-15). Hasta hoy en día hay cristianos que no se desaniman por el solo hecho de que algo parezca difícil o imposible. Ellos ven la oportunidad donde otros ven solamente oposición. Son los primeros en decir “puede hacerse” en vez de “es imposible”. Son visionarios, algunos los llamarían soñadores. Pero Dios usa la fe heroica de esas personas para levantar los ojos de sus creyentes e impulsar su iglesia hacia adelante.

Estos son los dones especiales mencionados en el Nuevo Testamento. De nuevo puede decirse que estas listas no son necesariamente exhaustivas. Puede haber otros dones que el Espíritu Santo les da a las personas individuales para el bien común. Por ejemplo, se puede pensar en el don de la música, el cual ha sido tan ricamente disfrutado en la iglesia a lo largo de su historia. Con seguridad es por don del Espíritu Santo que un creyente compone o hace música, que edifica a otros cristianos y a través de la música lo lleva a alabar y a glorificar a Dios. También se puede pensar en el don del talento artístico. De la misma manera que el Espíritu Santo capacitó a Bezalel y Aholiab, para el trabajo de construir y decorar el tabernáculo (Éxodo 31:2-6), igualmente el Espíritu Santo levanta a creyentes de nuestro tiempo para enriquecer la adoración de la iglesia con hermosos edificios y obras de arte.

El uso de los dones espirituales

El Espíritu Santo continúa dando dones espirituales a la iglesia de nuestros días. La aplicación para nosotros es doble: confianza y ánimo.

Nosotros tenemos confianza en que el Espíritu se ocupará de que el cuerpo de Cristo tenga los miembros y los dones necesarios, sin importar lo que pueda traer el futuro. Los dones necesarios pueden ser diferentes en distintos tiempos y lugares. Sin embargo, cualquiera que sea la situación, Dios proveerá lo que se necesita “para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:12).

La segunda aplicación es el ánimo para usar nuestros dones. Parte de ese ánimo viene de dentro de nosotros. El Espíritu Santo siembra intereses en nosotros. Él nos da una inclinación o una disposición para probar una forma particular de servicio a los demás. Parte del ánimo viene de otra fuente. El Espíritu Santo nos pone oportunidades específicas para usar nuestros dones. Por ejemplo que se nos pida servir como maestros de escuela dominical o como miembros del coro, puede ser la forma del Espíritu de llamarnos a una nueva forma de servicio para la cual él nos ha dotado. La situación de un pariente enfermo o un compañero de trabajo que está en dificultades, pueden ser un llamado del Espíritu para probar nuestra habilidad de mostrar misericordia o decir palabras de exhortación.

Hacer buen uso de los dones de Dios supone un reto continuo para nuestras congregaciones. Hay una historia acerca de un pastor que predicaba un sermón especialmente efectivo sobre el uso de los dones espirituales. Al final del sermón él llamó voluntarios que estuvieran dispuestos a servir. ¡Respondieron cien hombres! Alguien cercano al pastor lo escuchó hablar entre dientes suavemente, “Oh Dios, ¿cómo puedo emplear cien ujieres?” ¿El punto? Los cristianos tienen que servir a Dios con los talentos que el Espíritu les ha dado.

La congregación tiene que administrar ese valioso equipo de trabajadores y sus habilidades, entrenar a sus miembros para el servicio y luego ayudarlos a encontrar oportunidades significativas para servir por el bien de la iglesia.



10

Conservación de los santos

“El que perseverare hasta el fin, ese será salvo”, prometió Jesús (Mateo 24:13). El objetivo del cristiano es estar entre los que permanecen firmes en la fe salvadora hasta el fin y que a partir de entonces disfrutan el gozo del cielo. En el momento de la muerte, el creyente quiere poder hacer eco de las palabras de San Pablo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:7,8).

Todo hogar tiene una colección de proyectos sin terminar. Está el baúl de bodas que el padre empezó para María, el cual espera que esté terminado antes de su décimo aniversario de bodas. Está la colcha a medio hacer que la madre comenzó

hace años. Está el aeromodelo en el que Pepito trabajó tan fielmente hasta que el ala no encajó correctamente y lo abandonó con frustración. Están las obras de arte de Sarita a medio pintar. Algunos de esos proyectos parecían buenas ideas cuando las empezamos, pero perdimos interés una vez que averiguamos que eran más grandes de lo que habíamos pensado. Otros siguen siendo buenas ideas; es sólo que nunca parecen lograr ubicarse en el primer lugar de la lista de prioridades. Algunos de nuestros proyectos sin acabar finalmente terminarán por hacerse; otros nunca serán finalizados.

Gracias a Dios que el Espíritu Santo no se rinde. Él no deja ningún proyecto sin terminar. Él acaba lo que empieza. Cuando el Espíritu entra en el corazón y lo llama a la fe salvadora, él hace una promesa. Él promete continuar obrando en el creyente para mantenerlo en esa fe. ¡El Espíritu Santo mantiene su promesa! Él conserva a los santos en la fe verdadera. Los lleva a salvo hasta su objetivo celestial.

Advertencias

Sin embargo, los cristianos enfrentan un peligro muy real a lo largo de su vida en esta tierra: el peligro de perder su fe y su salvación. “Una vez salvos, siempre salvos” simplemente no es cierto de acuerdo con la Biblia. Es posible alejarse de la fe y perderse eternamente. San Pablo recuerda tragedias que le ocurrieron al pueblo escogido de Dios en el Antiguo Testamento a causa del juicio de Dios. Entonces él lo aplica a nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento: “Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales. Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:11,12). Pablo reconoció el peligro de alejarse incluso para él mismo: “Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo

mismo venga a ser eliminado” (9:27).

Los israelitas eran el pueblo escogido de Dios. Si el juicio de Dios cortó a algunos de sus escogidos, ciertamente él nos condenará si nos apartamos de él: “Bien; por su incredulidad fueron desgajadas [algunas de las ramas del árbol de olivo de Dios], pero tú por la fe estás en pie. Así que no te jactes, sino teme, porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará” (Romanos 11:20,21). Observe lo que lleva a este peligro. La arrogancia lleva a una caída, la arrogancia, que no siente necesidad de vigilar, ni necesidad de las herramientas fortalecedoras de la fe que Dios ha dado.

Pedro cayó desastrosamente el Jueves Santo debido a su arrogancia y orgullo. Él insistió: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (Mateo 26:33), aun cuando Jesús había acabado de advertir: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche” (versículo 31). Jesús le advirtió: “Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces” (Lucas 22:34). En vez de prestar atención a la advertencia, la arrogancia de Pedro continuó: “Aunque tenga que morir contigo, no te negaré” (Mateo 26:35). Pedro creía que era capaz de demostrar una fe más grande y una fidelidad más grande, que las de sus compañeros discípulos.

La ley de Dios advierte del peligro del pecado y de la incredulidad. Esa advertencia también es para los creyentes. Toda una selección de cosas puede hacer que los creyentes pierdan su fe:

- La *persecución*, tal como las burlas en contra de las enseñanzas de la Biblia en la educación pública y en la política pública.
- La *falsa doctrina o los falsos maestros*; Jesús advirtió sobre esto especialmente en los últimos tiempos: “Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos” (Mateo 24:11).

- La *inanición espiritual*, la cual es el resultado de desatender los medios por los cuales el Espíritu conserva la fe. Prive al cuerpo de comida y se morirá de hambre. Prive al alma de nutrición espiritual y también se morirá de hambre.
- La *confianza en las propias obras* para ganar la salvación, la cual desplaza la confianza en la gracia de Dios.
- El *orgullo humanístico*, el cual se niega a someterse a la autoridad de la Palabra de Dios.
- *Amor al mundo*: cuando los cristianos se preocupan tanto por los asuntos de este mundo que las necesidades del alma se olvidan.
- *Pecados intencionales contra la propia conciencia* porque como dicen las confesiones luteranas: “Nadie debe imaginarse una fe que pueda existir y permanecer junto con y además de una mala intención de pecar y obrar en contra de la conciencia”.³²

El Señor Jesús advirtió enfáticamente: “Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. Cualquiera que... hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mateo 12:31,32).³³ Esto se llama el pecado imperdonable, o el pecado contra el Espíritu Santo. Ya que nadie puede llamar a Jesús Señor si no es por el Espíritu Santo (1 Corintios 12:3), es imposible arrepentirse y llegar a la fe si uno consciente y deliberadamente rechaza la obra del Espíritu y lo saca del corazón.

El pecado contra el Espíritu Santo no es una blasfemia ni una incredulidad que salga de la ceguera espiritual. Esa blasfemia es la reacción natural de todo ser humano hacia el Espíritu. El Espíritu es el que transforma el rechazo hacia Dios en fe. El pecado contra el Espíritu Santo se comete solamente después de que el Espíritu ha revelado claramente

la verdad al pecador. Es el rechazo malicioso del evangelio por alguien que a través de la obra del Espíritu Santo ya había sido completamente convencido de su divina verdad. En otras palabras, es apartarse de la fe endureciendo el corazón hacia la obra y el mensaje del Espíritu. Vemos esto claramente en la carta a los hebreos, donde se da una descripción detallada de los que no pueden ser devueltos al arrepentimiento:

Es imposible que los que una vez fueron iluminados, gustaron del don celestial, fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla. (6:4-6)

Hay un consuelo para los que están preocupados porque piensan que pueden haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo. Mientras uno esté preocupado por ello, uno no lo ha cometido. Aquellos que han dado un portazo al Espíritu no tienen ninguna preocupación por su estado espiritual.

Seguridades

Los humanos pueden destruir la vida. Sin embargo, no pueden crearla ni conservarla. De manera similar, aunque los humanos tienen el poder de desertar de la fe, ellos no pueden lograr su propia conservación de la fe. Dios debe conservar la fe y hacer que ésta crezca. Y eso es lo que Dios ha prometido hacer.

Pablo escribe a los filipenses: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (1:6).

Pedro habla de “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final” (1 Pedro 1:4,5).

El propio Jesús promete esto con respecto a sus ovejas: “Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10:28,29).

Pablo les aseguró a los tesalonicenses: “Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Tesalonicenses 5:23,24). De nuevo, Pablo dijo: “Fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal” (2 Tesalonicenses 3:3). Dios quita la salvación de las manos débiles e indefensas del creyente y las pone en sus manos todopoderosas y misericordiosas.

El Espíritu Santo nos conserva en la fe a través de sus herramientas, los medios de gracia. El evangelio de Cristo es “poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree” (Romanos 1:16). Ese evangelio, las buenas nuevas de Jesús y de lo que él ha hecho por nosotros, se encuentra en la Biblia, en el Bautismo y en la Santa Comunión. Por medio del evangelio en estas herramientas poderosas, el Espíritu Santo conserva nuestra fe y nos fortifica para resistir los asaltos que envía Satanás para robarnos nuestra salvación.

Otra cosa importante es el hecho de que el Espíritu también preserva las Sagradas Escrituras para que nadie pueda destruir su poder salvador. El Espíritu no inspiró las Escrituras solamente para dejar que su mensaje se perdiera a través de los errores de los copistas, de la pérdida de los manuscritos, o de los intentos herejes para alterar el texto. No, el Espíritu ha preservado la Biblia (algunas secciones por 3.400 años). Él ha evitado que sea distorsionada por supresiones, adiciones o errores. El Espíritu continúa encargándose del hecho de que la “palabra [de Dios] es la verdad” (Juan 17:17). Él se asegura de que “la palabra del Señor permanece para siempre” (1

Pedro 1:25).

El Espíritu también preserva la fe al reunir a los creyentes en congregaciones para que puedan animarse y edificarse unos a otros. En los días después de Pentecostés la Biblia informa que los primeros cristianos “perseveraban unánimes cada día en el templo” (Hechos 2:46). Nosotros vivimos mucho más cerca del día del juicio. Reunirnos para animarnos unos a otros es más importante ahora que nunca. “No [dejemos] de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino [nos exhortemos]; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25).

A través de palabras de advertencia cuando son necesarias y las palabras de ánimo cuando son apropiadas, los cristianos son convertidos en los agentes del Espíritu para ayudar a conservarse unos a otros en la fe: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón tan malo e incrédulo, que se aparte del Dios vivo. Antes bien, exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: ‘Hoy’, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (Hebreos 3:12,13). Qué bendición cuando Dios puede elogiar a una congregación como lo hizo con los tesalonicenses: “Animaos unos a otros y edificaos unos a otros, así como lo estáis haciendo” (1 Tesalonicenses 5:11).

La Biblia advierte que vendrán pruebas: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). Jesús llamó cruces a esas dificultades: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Marcos 8:34). Una cruz es cualquier cosa que un cristiano deba soportar a causa de la fe. Las cruces pueden venir en forma del sufrimiento, los insultos, la persecución y el odio que encontramos debido a que vivimos por Jesús en el mundo pecaminoso e impío. La cruz puede ser la disposición de negarse ciertos lujos e incluso necesidades por la gloria de Cristo y por el bien de otros. A veces nos

abstendremos de algunas cosas porque son pecaminosas; a veces simplemente porque nuestra mayordomía cristiana dice que hay una mejor manera de usar ese tiempo o ese dinero. Nuestras cruces incluirán la lucha diaria con el pecado que todos tenemos dentro de nosotros.

El Espíritu Santo está con nosotros como nuestro Paracleto para ayudarnos a llevar nuestras cruces. Aun más, él las usa para nuestro bien espiritual. Las cruces pueden servir para mantenernos humildes y para acercarnos a nuestro Señor. También pueden llevarnos a arrodillarnos en oración más frecuente y fervientemente. Las cruces pueden apartar nuestros pensamientos de asuntos terrenales y enfocarlos en cosas espirituales y eternas. Las cruces pueden también ayudar a fortalecer nuestra fe y confianza, acerca del futuro, porque aprendemos a decir desde nuestra experiencia personal: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). Incluso en las pruebas más severas, los creyentes saben, que en las manos del Dios todopoderoso, su salvación es absolutamente segura.

Como otra parte de su obra de santificación, el Espíritu Santo obra en nosotros para hacernos más fieles en la oración. Más aun, cuando las palabras nos fallan, cuando no estamos seguros de qué pedir, cuando no podemos encontrar la forma correcta para expresar nuestros sentimientos y necesidades internas, tenemos a alguien que ora por nosotros:

De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos (Romanos 8:26,27).

Una congregación estaba en el servicio de adoración cuando la electricidad del órgano falló. Rápidamente se

mandó llamar un electricista quien descubrió la causa del problema casi inmediatamente. El problema podía arreglarse bastante rápido, entonces él garabateó una nota para enviársela al pastor. Después de leer la nota, el pastor informó a la congregación: “Después de la oración, habrá luz”. De una manera similar la oración cristiana hace que la luz de Dios baje desde arriba. Podemos aceptar la siguiente afirmación como una cosa obvia: “Mucha oración, mucho poder. Poca oración, poco poder”.

Las Santas Escrituras prometen que el Espíritu, que nos llama a la fe, nos preservará en la fe hasta que lleguemos al cielo a salvo. Nosotros no confiamos en nuestra propia fortaleza espiritual. Más bien, ponemos nuestra confianza y certeza en promesas divinas como la siguiente:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8:35,37-39).

Un dilema

Esto nos pone frente a un dilema. Las Escrituras contienen fuertes advertencias sobre el peligro de perder nuestra fe y hermosas seguridades de que el Espíritu Santo nos conservará en la fe salvadora. De hecho, a veces la Biblia hace advertencias y da consuelo en el mismo pasaje. Los siguientes son dos ejemplos:

Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga [Advertencia]. No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también

juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla [Consuelo]. (1 Corintios 10:12,13)

Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. Resistidlo firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo [Advertencia]. Pero el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos [Consuelo]. (1 Pedro 5:8-11)

¿Hay una contradicción aquí? Parece ser que sí. Porque en los mismos pasajes se nos advierte sobre el peligro real de caer y también se nos asegura que Dios no nos dejará caer. Para resolver este conflicto aparente, solamente tenemos que recordar nuestras necesidades como santos-pecadores. Somos propensos al orgullo, y por lo tanto necesitamos las advertencias. Podemos desanimarnos fácilmente y ser llevados a la desesperanza, y por lo tanto necesitamos las promesas.

En las advertencias y los consuelos, vemos la ley y el evangelio. Nuestra antigua naturaleza pecaminosa necesita escuchar la ley como una advertencia contra la seguridad terrenal y el orgullo. Por otra parte, nuestra nueva naturaleza cristiana confía en el evangelio y en su misericordiosa promesa de conservación divina.

Los problemas vienen cuando aplicamos mal la ley y el evangelio. Caemos en serio peligro espiritual cuando le decimos a nuestra naturaleza pecaminosa: “No te preocupes por el pecado ni por Satanás. Dios perdona.” Caemos en un complejo de superioridad y en grave falsa doctrina cuando le decimos a nuestra nueva naturaleza: “Puedes estar seguro de la salvación si haces esto o lo otro”. Nuestra naturaleza pecaminosa necesita las advertencias de la ley no sea que nos

volvamos descuidados o indiferentes. Nuestra naturaleza cristiana necesita el consuelo y las seguridades del evangelio, no sea que nos preocupemos sin necesidad o sintamos temor.

Trabajando hasta el final

En la explicación de Lutero del Tercer Artículo del Credo Apostólico, confesamos: “En el postrer día me resucitará a mí y a todos los muertos y me dará en Cristo, juntamente con todos los creyentes, la vida eterna. Esto es ciertamente la verdad.” La obra del Espíritu Santo no termina hasta el día en que todos los santos estén a salvo en el cielo, para estar “siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17). Puede ser una sorpresa que la resurrección de nuestros cuerpos sea una obra hecha por el Espíritu Santo. Sin embargo las Escrituras hablan del papel del Espíritu: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús está en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que está en vosotros” (Romanos 8:11). Realmente, como muestra este pasaje, la resurrección de nuestros cuerpos es otra de esas tareas divinas en la cual los tres miembros de la Trinidad tienen su parte.

La promesa de que el Espíritu nos conservará en la fe nos consuela cuando enfrentamos la muerte. Considere a Esteban, cuando él estaba ante la multitud furiosa preparándose para apedrearlo:

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: “Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios”. Mientras lo apedreaban, Esteban oraba y decía: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”. Habiendo dicho esto, durmió. (Hechos 7:55,56,59,60)

Todos esperamos que las circunstancias que rodeen nuestra muerte sean mejores que las que tuvo que soportar Esteban. Sin embargo como creyentes podemos tener la confianza de que, cualesquiera que sean las circunstancias de nuestras muertes, nosotros también estaremos “llenos del Espíritu Santo” (Hechos 7:55). El Espíritu, el cual mantiene a los santos en la fe hasta el final, también los consolará y los fortalecerá en la muerte con la gloriosa esperanza del cielo.

Cuando el Papa Pablo VI contempló su muerte inminente, dijo: “El temor del juicio de Dios en el momento de la muerte siempre está presente y lleno de misterio”.³⁴ Esa parece ser una triste confesión y también un crítica a la teología católica romana. El papa admitió el temor del juicio de Dios y dio a entender una incertidumbre (“misterio”) de lo que había reservado para él. Qué admisión tan triste. El evangelio dice claramente: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36). Es verdad que nuestra antigua naturaleza pecaminosa teme el juicio de Dios. Es verdad, ya que seguimos siendo imperfectos, que nuestra fe no es tan fuerte ni confiada como debería ser. Es verdad que dudas y ansiedades, vienen a causa de la tentación de Satanás. Pero el Espíritu Santo ha hecho que nuestra nueva naturaleza conozca la promesa del evangelio y la crea. El Espíritu estará a nuestro lado también cuando pasemos por el valle de muerte. Él pondrá el evangelio ante nuestros ojos moribundos. Por medio de éste, él nos dará seguridad y hará que no tengamos miedo. La confianza ante la muerte es otro de los dones sobrenaturales del Espíritu.

A medida que los tiempos se vuelven más malvados y el final de este mundo se aproxima, el Espíritu Santo también sostendrá a la iglesia. Podemos tener la seguridad de que la presencia y el poder del Espíritu, se sentirán en proporciones cada vez más grandes mientras se acerca el final. Él hará que la afirmación de Jesús el Jueves Santo también se aplique al

último día: “De los que me diste, no perdí ninguno” (Juan 18:9).

El Espíritu nos enseña a orar por el regreso de Jesús. Después de mostrar a Juan los eventos apoteósicos de los tiempos del fin y el regreso triunfante de Jesús para reunir a sus creyentes, el Espíritu inspiró a Juan para terminar el libro del Apocalipsis con una oración. Juan registró para nosotros la oración que el Espíritu les enseña a decir a los santos: “Amen. Ven, Señor Jesús” (22:20). “Amén”: ese es el Espíritu en acción en nosotros. Nosotros confesamos que lo que la Biblia dice sobre nuestro Salvador y su regreso es verdad. “Ven”: eso es también el Espíritu en acción en nosotros. Él nos enseña a anhelar la llegada de Jesús y a orar con entusiasmo por ese día en que disfrutaremos el don del Espíritu de la vida.



11

El honor que le es debido

Las Escrituras nos animan a glorificar a Dios, a sumar nuestras voces a las de los ángeles del cielo y los santos de todas las edades: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!” (Isaías 6:3). Como Dios completo y una parte igual en la Trinidad, el Espíritu Santo es digno de honor divino, alabanza, y adoración. El pueblo de Dios, por lo tanto, sinceramente desea darle el honor que le es debido.

Lo honramos en nuestra adoración

¿Es el Espíritu Santo desairado por los cristianos de nuestros tiempos? La respuesta de algunos es afirmativa. De hecho, subyacente al movimiento carismático está la acusación de que la mayoría de las iglesias no le dan al Espíritu Santo el honor ni la importancia que le es debida. Sin

embargo una breve mirada al servicio de adoración en las iglesias luteranas probará el error de esas acusaciones. El Espíritu Santo no es olvidado. De hecho, él tiene lugar importante en la vida de adoración del pueblo cristiano. Para ilustrar esto, miremos brevemente el orden del Oficio Mayor en el himnario Culto Cristiano (páginas 17-45).

Honramos al Espíritu cuando respetamos, y usamos, la Palabra que él inspiró. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16,17). El Espíritu proporcionó la Biblia con la intención de que fuera una herramienta útil para nuestras vidas. Nosotros lo honramos cuando mostramos aprecio por su libro usándolo para instruirnos y disciplinarnos para madurar en fe y en vida piadosa. La asistencia regular al servicio es una de las maneras de respetar y usar la Biblia.

Los medios de gracia del Espíritu, son el corazón y el centro de la adoración cristiana. El Oficio Mayor se centra en la lectura de la Palabra (tres lecturas y un salmo) y el estudio de la Palabra (el sermón). Los sacramentos rodean la Palabra. El Santo Bautismo, cuando es administrado, abre el servicio. En los domingos en que hay Comunión, la Santa Cena ocupa un lugar principal en el servicio.

El servicio litúrgico luterano le da al Espíritu Santo un lugar importante, igual que al Padre y al Hijo. Nosotros invocamos la presencia del Espíritu cuando comenzamos el servicio: “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (página 17). Hablamos de sus dones cuando el pastor dice la absolución: “Dios todopoderoso, nuestro Padre celestial, ha tenido misericordia de nosotros y nos ha dado a su único Hijo para morir por nosotros, y por sus méritos nos perdona todos nuestros pecados. A los que creen en él les hace hijos de Dios y les concede su Espíritu Santo” (página 18).

Cuando nos unimos para alabar al Señor por el perdón que ha dado, glorificamos al Espíritu por su parte: “Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo: como era al principio, es ahora, y será para siempre, por los siglos de los siglos. Amén” (página 19). Tanto el Credo Niceno como el Credo Apostólico, son confesiones de nuestra fe en el Espíritu Santo. El Credo Niceno entra en considerables detalles: “Y creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado, que habló por medio de los profetas” (página 27). Después de la conclusión del sermón, pedimos la ayuda del Espíritu para seguir siendo creyentes y poner en práctica lo que acabamos de oír: “Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me arrojes de tu presencia y no me quites tu Espíritu Santo. Restitúyeme el gozo de tu salvación y el Espíritu de gracia me sustente” (páginas 28,29).

Un estudio de las oraciones utilizadas en el servicio, muestra que el Espíritu Santo también es mencionado. Algunas de las oraciones están dirigidas a él directamente. Además, el final usual para casi todas las oraciones es: “Por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, siempre un solo Dios, por los siglos de los siglos” (página 32).

El Espíritu también juega un papel importante en los himnos que cantamos. Martín Lutero nos dio un excelente ejemplo en este gran himno de Pentecostés:

Ven, Santo Espíritu, Santo Dios,
Infunde de tu gracia el don
Y mente y corazón del fiel,
Tu amor celoso enciende en él.
Señor, tú con tu viva luz,
Pueblos en torno de la cruz
De toda lengua has juntado.

Por ello seas alabado.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Oh santo fulgor, haz brillar

El Verbo que vida nos da,

Haznos a Dios conocer bien,

Y amarle cual a Padre fiel.

Señor, guarda de extraña ley,

Más maestro no busque tu grey

Que Jesús con fe sincera

Y fie en él con alma entera.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

(J.S. Bach 50 Corales. Obermüller – Carámbula,

Editorial y Librería La Aurora, Buenos Aires: 1952.

Coral No. 23, pág. 35)

¿La iglesia luterana desaira al Espíritu Santo? ¡La respuesta es un enfático no! En el servicio litúrgico de la iglesia luterana, el Espíritu y sus herramientas, gozan de la importancia apropiada. Por supuesto, el Espíritu es desairado si un individuo no pone atención al servicio cada semana.

Lo honranos en el año eclesiástico

Además de su importancia en nuestro servicio, el Espíritu es honrado por uno de los tres festivales principales del año litúrgico. El Pentecostés es la fiesta del Espíritu Santo. Esta recuerda lo que él hizo en Jerusalén ese primer Pentecostés y nos asegura sobre su obra que continúa hasta hoy en día. El Pentecostés vuelve a los tiempos del Antiguo Testamento. También era llamado la Fiesta de la Cosecha, la Fiesta de las Semanas, o el Día de las Primicias. Celebraba la finalización de la cosecha de trigo. En Pentecostés, las primicias de la cosecha de trigo eran presentadas como ofrenda de agradecimiento al Señor. El Espíritu Santo escogió este día para que se convirtiera en el cumpleaños de la iglesia cristiana (Hechos 2). En el primer Pentecostés, tres mil personas fueron

convertidas y reunidas en la primera congregación. Estos convertidos fueron las primicias de la gran cosecha espiritual, la cual el Espíritu Santo ha estado reuniendo desde entonces. Cuando conmemoramos el Pentecostés cada año, estamos agradecidos de que el poder de ese mismo Espíritu Santo nos haya traído a la iglesia de Cristo.

Debemos admitir que en contraste con la Navidad y la Pascua, este tercer festival principal atrae poca atención. La gente en general muestra poco interés en él. De hecho, muchos asistentes a la iglesia ni siquiera se darían cuenta de que es Pentecostés si el pastor y el boletín del servicio no se lo recordaran. Por otra parte, la mitad del año litúrgico se cuenta en domingos después de Pentecostés. Esta larga estación, que llega a tener hasta 24 domingos al año, se centra en el crecimiento espiritual producido por el Espíritu. La relativa quietud del típico festival de Pentecostés y del medio año de enseñanza y crecimiento constante durante los domingos después de Pentecostés es realmente un tributo adecuado para el Espíritu. Callada, constante, y fielmente, El Espíritu obra por medio de la predicación, de la enseñanza de la Palabra, y de la administración de los sacramentos, los cuales se centran en Cristo. A medida que el Espíritu obra a través de la Palabra y los sacramentos, él enfoca nuestra atención primariamente en Cristo, de la manera que Jesús dijo que lo haría (Juan 16:14).

Lo honramos con la vida de cada uno de nosotros

Los padres cristianos reciben su gozo más grande cuando ven a sus hijos hechos creyentes en Jesús y viven piadosamente. De manera similar el Espíritu se regocija cuando sus hijos, los santos, confían en el Salvador y hacen todas las cosas en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios el Padre a través de él. Por lo tanto, nosotros alabamos y honramos, al Espíritu cuando ponemos nuestra confianza en

Jesús y cuando vivimos por él. Esa fe y esa vida, muestran que los esfuerzos del Espíritu no se han perdido en nosotros, sino que más bien nosotros los respetamos y los apreciamos.

La Biblia nos anima a honrar al Espíritu en nuestras vidas todos los días: “Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30). El contexto de este versículo advierte contra la falsedad, las conversaciones obscenas, la ira, y toda forma de malicia. Estas cosas entristecen al Espíritu Santo. El texto entonces habla de la forma de honrar al Espíritu: “Antes sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (4:32 5:1,2).

Una cantidad fenomenal de energía eléctrica potencial está reservada en el agua del río Niágara cuando fluye por las cataratas del Niágara. Por mutuo acuerdo los gobiernos de Canadá y los Estados Unidos, han limitado la cantidad de esa agua que puede ser desviada para generar electricidad. Pero incluso esa cantidad limitada produce una gran cantidad de electricidad para iluminar los hogares y para abastecer de combustible a la industria. Almacenado en los corazones del pueblo cristiano está el poder ilimitado del Espíritu Santo. Dios “es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Efesios 3:20). El potencial espiritual de todo creyente es increíble.

Pablo nos insta a no sofocar el fuego del Espíritu en nuestra vida: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo y retened lo bueno. Absteneos de

toda especie de mal” (1 Tesalonicenses 5:16-22). Observe cómo las cosas de las que hemos hablado en este libro se entretajan en las palabras de ánimo de Pablo. Haga uso de los dones del Espíritu, Pablo menciona gozo, agradecimiento, y discernimiento. Haga uso de sus herramientas, es decir, la oración y la Palabra (es decir, las profecías). Haga uso de su poder para hacer el bien y evitar el mal.

Pablo insta: “Antes bien, sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:18). Esa plenitud será nuestra cuando el Espíritu siga siendo importante en nuestra adoración y cuando le demos importancia a su poder y a su guía en nuestra vida. De esta forma estamos dándole al Espíritu el honor que le es debido. Porque como Lutero escribe en su explicación de la Primera Petición del Padrenuestro, lo alabamos y lo glorificamos “cuando la palabra de Dios con pureza y rectitud y nosotros vivimos santamente, como Hijos de Dios, conforme a ella”.

Notas finales

- ¹ El Credo Atanasiano ha sido usado en la iglesia occidental al menos desde los años 800s. Está incluido en las Confesiones Luteranas de 1580 y puede encontrarse en *El Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editor: Dr. Andrés A. Meléndez (San Luis: Editorial Concordia, 1989), p. 19.
- ² *El glorioso Corán*, Surah IV: 171.
<http://www.intratext.com/IXT/ESL0024/PF.HTM#IX>
- ³ Joseph Smith, *Doctrines of Salvation*. Citado en Edgar Kaiser, *How to Respond to The Latter Day Saints* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1977), p. 14. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴ Joseph Rutherford, *Riches*. Citado en F. E. Mayer, *The Religious Bodies of America* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1961), p. 469. (Traducción libre de inglés.)
- ⁵ La Confesión de Augsburgo, Artículo I: 3, 4, *El Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, Editor: Dr. Andrés A. Meléndez (San Luis: Editorial Concordia, 1989), p. 27.
- ⁶ Oral Roberts, *3 Most Important Steps to Your Better Health and Miracle Living* (Tulsa: Oral Roberts Evangelistic Assn., Inc., 1976), pp. 54, 55. (Traducción libre del inglés.)
- ⁷ Martin Lutero. Citado en Franz Pieper, *Christian Dogmatics*, Vol. 1 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1950), p. 390. (Traducción libre del inglés.)
- ⁸ Martin Lutero, citado en Pieper, *Christian Dogmatics*, Vol. 1, p. 398. (Traducción libre del inglés.)
- ⁹ El Credo de Atanasio, *El libro de Concordia: Las confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, Editor: Dr. Andrés A. Meléndez (San Luis: Editorial Concordia, 1989), p. 20.

- 10 Emmanuel y Emanuel son diferentes formas de escribir este nombre sin ninguna diferencia de significado entre ellas.
- 11 En el próximo capítulo veremos que la Escritura usa la palabra *santificación* también en un sentido más limitado para referirse a la obra del Espíritu en llevarnos a vivir como santos. En este sentido más restringido significa que el Espíritu lleva a un cristiano a aborrecer el pecado y a llevar una vida llena de buenas obras.
- 12 La Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo V: 11, Meléndez, p. 604. Ver también Apología, Artículo XII: 51, Meléndez, p. 175.
- 13 La referencia se encuentra en Siegbert Becker, *The Holy Ghost and His Work* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1977), p. 19. (Traducción libre del inglés.)
- 14 La Confesión de Augsburgo, Artículo XII: 4, Meléndez, p. 31.
- 15 Juan Mueller, *Christian Dogmatics* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1955), p. 338. (Traducción libre del inglés.)
- 16 La Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo II: 87, Meléndez, p. 581.
- 17 Este error se llama pelagianismo. Se le dio su nombre por Pelagio, un monje que vivió aproximadamente del año 360 d.C. hasta 420 d.C. Él sostenía que los humanos nacen en un estado de indiferencia moral y llegan a Dios a través de la fortaleza de su propia voluntad y que la gracia y la salvación por medio de Cristo no son necesarias.
- 18 Este error se llama semi-pelagianismo.
- 19 Esta falsa enseñanza se llama arminianismo o sinergismo. Jacobus Arminius vivió del año 1560 al 1609. Él enseñaba que los humanos cooperan en su conversión por su libre albedrío, es decir, ellos deciden creer. El *sinergismo* viene de la palabra griega que significa “trabajar con”. Este error enseña que la gente por naturaleza no está muerta espiritualmente y que algunos resisten el llamado de Dios a la fe menos violentamente que otros.
- 20 La Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo II: 89, Meléndez, p. 581.

- 21 La Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo XI: 55, Meléndez, p. 681.
- 22 La Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV: 10, 11, Meléndez, p. 596.
- 23 La Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI: 20, Meléndez, p. 612.
- 24 Apology, Article III: 42, *Concordia Triglotta: The Symbolical Books of the Ev. Lutheran Church* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1921), p. 169. (Traducción libre del inglés.)
- 25 Martin Lutero, *Luther's Works*, editado por Jaroslav Pelikan and Helmut T. Lehmann, American Edition, Vol. 32 (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955–1986), p. 24. (Traducción libre del inglés.)
- 26 La Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV: 365, Meléndez, p. 144.
- 27 *Luther's Works*, Vol. 33, p. 154. (Traducción libre del inglés.)
- 28 El texto de Marcos 8:22-26 es la única excepción a la sanidad instantánea realizada por Jesús. Incluso en ese caso, la sanidad completa fue concedida dentro del lapso de tiempo de un breve diálogo.
- 29 Artículo VIII, citado en F. E. Mayer, *The Religious Bodies of America* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1961), p. 318. (Traducción libre del inglés.)
- 30 Ver páginas 59, 64 y 80.
- 31 William McRae, *The Dynamics of Spiritual Gifts* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1976), pp. 48, 49. (Traducción libre del inglés)
- 32 La Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo III: 11, Meléndez, p. 509.
- 33 Ver también Marcos 3:28, 29; Lucas 12:10.
- 34 *Time*, Octubre 10, 1977, p. 76.

Para lectura adicional

Becker, Siegbert. *The Holy Ghost and His Work*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1977.

Clement, Arthur J. *Pentecost or Pretense?* Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1981.

Gerlach, Joel. "Glossolalia," *Wisconsin Lutheran Quarterly*, Vol. 70, No. 4 (October 1973), pp. 233-261.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:2—31

1:26—32

3:6—56

6:3—32

Éxodo

31:1-5—32

31:2-6—115

Números

11:25—33

24:2,3,5,9—38

27:18—26

27:18,19—33

Deuteronomio

18:22—93

Jueces

3:10,11—34

6:33-35—34

13:25—35

14:6—35

14:19—35

15:14,15—35

1 Samuel

3:10—17

10:5,6—35

10:9—35

11:6,7—36

11:13—36

16:13—36

16:14—36

19:19-21,23—36

2 Samuel

23:2—37

1 Reyes

18:12—37

2 Reyes

2:16—37

Nehemías

9:20—29

Job

33:4—32

Salmos

1:2—69

16:10—40

22:1—40

22:7,8—40

22:15,16—40

22:18—40

23:1,3-5—107

78:4-7—108

85:8—16

139:7,8—16,28

139:9,10—28

Isaías

6:3—131

8:20—93

11:1,2—40

11:2—25

28:21—54

42:1—13

44:3,4—40

48:16—13

59:21—41

63:10—33

63:11,14—33

64:6—78

Ezequiel

36:27—26,73

37:1-14—22

37:13,14—38

Joel

2:28—41,49

Miqueas

2:6—39

3:8—39

7:18,19—39

Zacarías

4:6—37

7:11,12—39

Mateo

1:20,21—45

3:16—45

3:16,17—11

5:9—85

5:16—71

9:12,13—55

10:20—17

12:28—46

12:31,32—120

18:8,9—72

19:27-20:16—77

19:29—77

19:30—78

20:16—78

23:37—64

24:11—119

24:13—117

24:24—102

25:31-46—76

26:31—119

26:33—119

26:35—119

28:19—11,14,20

28:19,20—86,108

28:20—101

Marcos

3:28,29—141
 8:22-26—141
 8:34—123
 12:41-44—112
 16:1-3—111
 16:17,18—96

Lucas

1:15—44
 1:16,17—44
 1:17—44
 1:35—44
 1:41,42—44
 1:67-69—44
 2:25-27—45
 2:30-32—45
 4:1,2—46
 4:1-13—73
 4:18—46
 6:23—77
 6:35—77
 8:1-3—111
 10:25-37—113
 12:10—141
 13:5—62
 22:34—119
 24:47—62

Juan

1:32-34—45
 3:3—61
 3:8—22
 3:16—82
 3:36—128
 6:63—58
 10:28,29—122
 14:16—13

14:16,17—23,31
 14:17—24
 14:26—14
 15:13—82
 15:26—11,18,80
 16:7-13—12
 16:8—54
 16:13—24,83
 16:13,14—18
 16:14—43,135
 16:14,15—80
 17:17—123
 18:9—128
 20:22—22
 20:22,23—47

Hechos

1:4—48
 1:5—47
 1:8—47,86
 1:21—94
 2—134
 2:4—48,101
 2:9-11—98
 2:17—49
 2:32,33—48
 2:38,39—80
 2:42—108
 2:46—123
 4:8,10,12—49
 4:31—49
 4:32,34,35—112
 4:36—109
 5:3—50
 5:3,4—15
 6—111
 6:3—49
 7:51—49,64

7:55—50,127
 7:55,56,59,60—127
 7:59—50
 8—106
 8:1,4—86
 9:17—51
 9:18—51
 10—49
 10:38—11,46
 10:44-47—99
 11:17—99
 11:26—108
 11:27—93
 13:1—93
 13:2,3—51
 13:13—109
 14:22—123
 15:37-39—109
 16:16-34—114
 17:10-15—114
 18:11—108
 19:1-7—99
 19:2—50
 19:5,6—50
 19:6—99
 20:28—52,107

Romanos

1:4—24
 1:16—122
 3:20—56
 5:2-5—81
 6:2,4,6,11—70
 6:13—75
 7:7—56
 7:14-25—58
 7:18,19—71
 7:22—70

8:2—25
 8:9—18,53
 8:11—127
 8:13—72
 8:15—82
 8:16—12
 8:16,17—25
 8:26—12
 8:26,27—124
 8:35,37-39—125
 11:20,21—119
 12:4-6—90
 12:6-8—92
 12:7—111
 12:8—112,113
 15:13—81
 15:30—29

1 Corintios

2:10,11—29
 2:13—12
 2:14—80
 2:15,16—83
 3:8—77
 3:16,17—79
 8:4—15
 9:27—119
 10:11,12—118
 10:12,13—126
 12:3—60,81,120
 12:4,5,11—28
 12:7,11—90
 12:8—109
 12:8,9—113
 12:8-10—92
 12:10—95
 12:11—12,23
 12:28—92,96,112,113

13:2—114
 14:2,4,13,14,19,27—98
 14:8,9,12—102
 14:19—99
 14:28—100
 14:29—93,95

2 Corintios

1:22—27
 4:6—63
 5:4,5—47
 5:17—68
 7:10—56
 8:2-4—112
 12:8,9—97
 12:12—94

Gálatas

2:16—57
 4:4-6—14
 4:6—12
 4:6,7—82
 5:17—71
 5:22,23,25—84
 5:24—72
 6:7—50

Efesios

1:13,14—27
 2:4,5—61,113
 2:8,9—63
 2:18—14
 2:20—95
 3:20—136
 4:11—92,93
 4:12—105,115
 4:12,13—75
 4:22-24—68

4:30—12,136
 4:32-5:2—136
 5:18—137
 6:17—87

Filipenses

1:6—121
 2:13—69
 4:13—124

Colosenses

2:9—16
 3:12-15,17—86
 3:16—110

1 Tesalonicenses

4:3,4,7—75
 4:17—127
 5:11—123
 5:16-22—136
 5:20-22—95
 5:23,24—122

2 Corintios

3:3—122

1 Timoteo

3:4,6,7—112
 4:8—77
 5:23—97

2 Timoteo

3:16—22
 3:16,17—94,132
 4:7,8—117
 4:20—97

Tito

3:5—64

Hebreos

1:1—93
 3:12,13—123
 6:4-6—121
 6:10—77
 9:14—28,46
 10:25—123
 10:29—25,29
 11:1—81
 11:6—69
 12:14—75
 13:12—68

Santiago

2:14-17,26—76
 3:17—85
 5:16—98

1 Pedro

1:2—11
 1:4,5—122
 1:11—18
 1:15,16—75
 1:25—123
 2:2—73
 2:5—78

2:9—62
 3:18—46
 3:21—64
 4:10—91
 4:10,11—92,106
 4:14—25,29
 5:2,3—107
 5:3—112
 5:8-11—126

2 Pedro

1:20,21—39
 1:21—16

1 Juan

2:1—109
 3:2—17
 4:1—95
 4:9,10—82
 4:19—84
 5:7,8—15

Apocalipsis

14:13—77
 22:20—129

Índice temático

- administración, don de la 92,
112, 113
- Agustín 19, 100
- apostolado, don del 92-94
- ayuda, don de la 92, 113

- bautismo de niños 64

- carismático, movimiento 7, 89,
90, 101, 102, 131
- charisma, charismata 89
- Confesión de Augsburgo 10, 55
- Confesiones Luteranas, las 54,
73, 77, 120
- contrición 54-58, 61, 62
- Controversia Filioque 19
- conversión 54, 57-64, 67, 68, 76
- Corán, El 9

- Credo Apostólico
 - Segundo Artículo del 59
 - Tercer Artículo del 7, 59, 60
- Credo Atanasiano 9,18
- Credo Niceno 7, 19, 133

- dar, don de 92, 111, 112
- diáconos 49, 111
- discernimiento, don del 92, 95
- dones
 - confirmatorios 92, 95-103
 - de servicio 92, 110-115
 - espirituales 90-92
 - fundacionales 92-95, 102,
103
 - que continúan 92, 105-116
 - que involucran el hablar 92,
106-110

- elección 64,65
- enseñanza/maestro, don de la 92, 107, 108
- Espíritu (con mayúscula) versus espíritu (con minúscula) 25, 26
- Espíritu Santo
- adoración del 131-134
 - atributos divinos del 28, 29
 - como Dios completo 15-17
 - dones del 80-83, 87
 - En el año de la Iglesia 134, 135
 - frutos del 83-87
 - igual al Padre y al Hijo 13-15
 - nombres divinos del 21-24
 - obra durante la vida de Jesús 44-47
 - papel en la creación 31, 32
 - pecado contra el 120, 121
 - persona del 9-13
 - procede del Padre y del Hijo 17-20
 - títulos descriptivos del 24-27
 - usa los medios de gracia 52, 59, 80, 122
 - y el Bautismo 52, 59, 64, 80, 101
 - y la iglesia cristiana primitiva 47-52
 - y los israelitas 32-41
 - y los profetas 37-41
 - y Sansón 34,35
 - y Saúl (rey de Israel) 35, 36
- evangelismo, don del 92, 106
- exhortación, don de la 92, 108, 109
- fe, don de la 92, 113, 114
- Fórmula de Concordia 63, 65, 68
- glossolalia 98
- Gran Cisma de 1054 19
- iglesia católica romana 19
- iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días 9
- iglesia occidental 19
- iglesias ortodoxas de Asia 19
- lenguas, don de
- hablar en 92, 98-103
 - interpretación de 92, 98-103
- liderazgo, don de 92, 112
- Martín Lutero 7, 15, 17, 58, 60, 74, 78, 127, 133, 137
- milagros, don de hacer 92, 96
- misericordia, don de mostrar 92,113
- monarquianismo 12, 13
- mormones 9
- obras, buenas 68-78
- necesidad de 75, 76
 - recompensa por las 76-78
- oriental, iglesia 19
- Ozman, Agnes 100
- Pablo, conversión de 51
- palabra de conocimiento, don de la 92, 109, 110

- palabra de sabiduría, don de la 92, 109, 110
- pastor, don de ser 92, 106, 107
- pentecostal 90, 101
- Pentecostés 18, 48, 49, 80, 86, 90, 98, 99, 123, 133-135
- Primer Mandamiento 20
- profecía, don de la 92, 93
- Roberts, Oral 13
- Rutherford, Joseph 10
- sanidad, don de la 92, 96
- santificación 53, 54, 67-78
- servicio, don del 92, 111
- Smith, Joseph 10
- testigos de Jehová 10
- Trinidad 10, 12, 13, 15, 17-20, 22, 23, 41, 44, 131
- trino 9-11, 15, 16, 43, 127
- unitarianismo 13
- valle de los huesos secos 38

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† LOS ÁNGELES Y LOS DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† LA IGLESIA, SU MISIÓN Y EL
MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† LOS ÚLTIMOS DÍAS

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† **EL ESPÍRITU SANTO**

† LA JUSTIFICACIÓN

† LA LEY Y EL EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† LA HUMANIDAD

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.mlpwels.com